CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION

MADRID, ABRIL DE 1934

CRUZ Y RAYA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

LA FUNDARON

Miguel Artigas. – Manuel Abril. – José Bergamín. José M.ª Cossío. – Manuel de Falla. – Alfonso García Valdecasas. – Emilio García Gómez. – Antonio Garrigues. – Carlos Jiménez Díaz. – Antonio de Luna. Juan Lladó. – Alfredo Mendizábal. – Eusebio Oliver. José M.ª Pardo. – José R. Manent. – F. Romero Otazo. – Eduardo Rodrigáñez. – José M.ª Semprún. Manuel Torres.

Director:
JOSÉ BERGAMIN

Secretario:
EUGENIO IMAZ

Suscripción a doce números:

España, 30 pesetas; Países adheridos a la tarifa reducida de Correos (envío certificado), 35; todos los demás países (envío certificado), 42.

Ejemplar:

España, 3 pesetas; Extranjero, 4.

MADRID
GENERAL MITRE, 5
TELÉFONO 17573


METAPHI
NATVRA
E·M·PH
C·S·M
E·M·
T
D·T·
CANONES
LEGES
MATEMA
N·A
T·P·
M·G·
RATIO
REALIS
ACTIVA
LANI
ARMA
NAVI
FACTIVA
MEDICI
AGRI
T
L·C·G
SPEC
A·S·
HORTVS PHILO SOPHIAE

Sumario

EL VERDADERO SENTIDO DE LA RELIGIÓN CATÓLICA, por Max Jacob (dibujos del mismo).

CADALSO O LA NOCHE CERRADA, por José F. Montesinos.

CONSTITUCIÓN Y ENFERMEDAD (Revisión crítica), por Eusebio Oliver.

FRANCISCO DE ALDANA, el Divino.
(Selección y notas de José M.ª Cossío.)

CRISTAL DEL TIEMPO
LA BOLSA Y LA VIDA

POLICÍAS Y LADRONES, por Manuel Abril.

INVENTIVAS

SOBRE LA VERDADERA MUERTE DEL CAPITÁN ARAÑA, por Antonio Morón (dibujos de Benjamín Palencia).

El verdadero sentido de la religión católica

No tuvo este poeta que prescindir en su obra, desde las visiones más fantásticas hasta las más finas discriminaciones, hasta las más audaces burlas de la inteligencia, para que, desconfiando de su propia habilidad, supiese guardar con ella una elegante discreción en el uso mismo de su destreza. Es uno de los más grandes poetas de su época, de los más puros creadores. Es de aquellos que por la múltiple fecundidad, la diversidad y la fantasía de su juego, por el encanto que supo encontrar en esta especie de música nueva que nos aporta, ha ejercido una de las mayores y mejores influencias en la poesía moderna.

Max Jacob nació en Quimper (1876). Hizo sus estudios en el Liceo de esta capital de la baja Bretaña antes de entrar en la Escuela Colonial, de la que salió, a poco, para dedicarse a la pintura. Durante mucho tiempo tuvo que ganarse la vida penosamente en los oficios más dispares. Fué, sucesivamente, pasante de abogado, preceptor, secretario, empleado de comercio, autor de libros para niños, crítico de arte.

Vivió en la colina de Montmartre, calle Ravignan, con André Salmón, Guillaume Apollinaire y Picasso.

Se convirtió al catolicismo, bautizándose en 1915. Lo que su inspiración tuviera de turbado, satánico o escandaloso, lo ha dominado con la plenitud de su fuerte y puro sentimiento cristiano.

(*Anthologie de la Nouvelle Poésie Française.*
Aux editions *Sagittaire*, Paris, 1927.)

1

DIALOGUILLO DE INTRODUCCIÓN

—PUES, sí, señor, siento la religión como cualquiera. No hay razón ninguna, ¿no es verdad?, para que lo que convenía a nuestros antepasados no nos convenga también a nosotros. Mi abuela no sería más tonta que yo ni su abuela más tonta que ella. Yo no creo en el progreso más que de un modo muy relativo, y, desde luego, en lo que no creo es en el progreso moral.

—Entonces... no veo por qué ha dejado usted de practicar la religión de sus abuelos.

—No me gustan los curas.

—Eso quiere decir, sin duda, que habrá encontrado usted algún cura que le desagrade.

—Justamente. Un día, al confesarme, encontré un cura que fué muy indiscreto. Desde entonces no he vuelto a confesarme más.

—Pero ¿cómo quiere usted, señora, que un cura la confiese sin ser indiscreto? Sería seguramente por culpa de usted, que le obligaría a interrogarla por no haber tenido valor para decirle todo. Pero es que aunque todos los curas tuvieran todos los defectos posibles, ¿qué tiene que ver eso con Dios?

—Además, no me gusta la misa mayor por la cantidad de gente que se aglomera y que huele tan mal.

—Hay también misas rezadas.

—Le diré más todavía. Cuando mi hijo era niño tuvo un profesor que era cura y que le dijo una mentira. El pequeño se escandalizó de tal modo, que tuve que quitarle de ir a la institución católica.

—Los métodos de la pedagogía necesitan pequeñas mentiras que un niño, siendo juez y parte en la materia, no puede, por consiguiente, apreciar.

—En fin, señor, no me gustan los curas. ¿Por qué llevan faldas? ¿Por qué no se casan? ¿Por qué son tan feos?

—Le diré a usted. Yo conozco algunos curas que no son feos, y aun conozco algunos cuyo rostro resplandece de sabiduría, de bondad y de inteligencia. Si no se casan es para poder conservar ante la hostia consagrada la castidad y la pureza conveniente. Llevan la sotana como un muro para aislarse del mundo; este traje es también un recuerdo de los

primeros tiempos de la Iglesia. Lo llevaba Nuestro Señor. Pero, en fin, aunque no le gusten a usted los curas, ¿sería esta una razón para que dejara de rezar? El rezo es una arma formidable para nuestras luchas cotidianas en este mundo. Cuando se acerque usted al confesionario olvide por completo a quien le habla o, mejor todavía, figúrese que es Dios y no es un hombre quien le está hablando; cuando reciba la hostia santa no piense en la mano que se la trae; no está usted obligada a ver a los sacerdotes de otro modo ni en ninguna otra parte.

—Es que todavía hay algo más, señor: en política mi marido es extrema izquierda; ¡qué dirían sus amigos si yo frecuentara la iglesia!

—¡Ya pareció aquello!, ¡la política!; ¿cuándo nos separarán definitivamente el cielo de la tierra? La Iglesia nos enseña a respetar la autoridad establecida, cualquiera que sea, para mostrarnos de ese modo que se desinteresa de su forma. Yo no digo que la Iglesia lo haga siempre como lo dice. Sin embargo, debemos desear que vengan otros tiempos en los cuales sacerdotes y fieles de opiniones temporales distintas se reunan, por encima de ellas, en el amor de un Dios que sólo desea los corazones.

—Esos tiempos de que usted habla están muy lejos todavía.

—Pues hagamos como si ya hubiesen llegado, para dirigir nuestra conducta.

Yo soy de un país, La Bretaña, en donde los socialistas, que son numerosos, y aun en aquellos momentos mismos, los más graves, de una de sus huelgas de pescadores, cuando luchaban, con las armas, a dinamita y sangre, se encontraban, no obstante, el domingo, con sus enemigos los patronos burgueses en la iglesia, ante el altar. Puede que a esto se deba la brevedad de estas crisis en aquel bendito país. Porque, señora: la religión católica es la religión del espíritu, del individuo, de aquello que hay más íntimo en el fondo del corazón del hombre.

2

EL PECADO ORIGINAL

Pero vamos a dejar a un lado todas estas cuestiones temporales, que son los pretextos inspirados por el demonio para alejar a los fieles de Dios y podérselos llevar consigo. El demonio sabe muy bien aprovecharse de todas las circunstancias favorables para apartarnos de la verdad. El es quien ha inven-

tado la costumbre, por la que se reduce la devoción a un mecanismo y a unas fórmulas que nos hacen olvidar el sentido de la religión, sustituyendo al amor de Dios y a sus impulsos por querellas de campanario, de personas y de interés.

¿Qué sentido tiene la religión católica?

Dios le ha dado al hombre la Tierra. No quisiera escandalizar a nadie con lo que digo. Nadie cree más que yo en las profundas verdades de la Escritura. Sin embargo, siguiendo el ejemplo de los Santos Padres de la Iglesia, podemos permitirnos el lujo de buscar el sentido profundo de aquellos grandes símbolos que las Escrituras contienen. *No les hablaba más que en parábolas,* dice el Evangelio a propósito del Señor y de sus apóstoles. ¿Qué sentido tiene para nosotros el símbolo de la serpiente?

La mecánica nos enseña que toda fuerza tiene dos tendencias: una centrípeta, que es la que describe un torbellino hacia el punto mismo de donde parte; la otra, centrífuga, que se evade de este torbellino atraída hacia el centro de otras fuerzas próximas. No hace falta mucha imaginación para percibir que la figura trazada por estos dos torbellinos es la de una espiral. Si todo el Universo, desde las más pequeñas células de que está tejido el cuerpo de los hombres y de las bestias hasta los más gran-

des astros, está sometido a esta ley de dos fuerzas en torbellino, la espiral que es su esquema, ¿no será, entonces, el símbolo del Universo material? Digo material expresamente. Nadie podrá negarme que la serpiente por su forma debió ser elegida en el lenguaje imaginativo de los orientales como la representación más sorprendente de una espiral. Esto es tan cierto, que todas las mitologías han escogido siempre a la serpiente como signo de la fuerza universal. No es esta ocasión de citar ejemplos. La serpiente representa la fuerza material del Universo: el drama del *Génesis* tiene su sentido en la unión de Adán y de Eva con las fuerzas materiales del Universo. La fruta, cualquiera que ésta sea, y sea o no sea una manzana, representa las alegrías, las felicidades que la tierra procurará al hombre. Es el jugo de la tierra. La serpiente será calificada de demonio.

Cuando el *Apocalipsis* dice que la bestia lleva sobre la frente escrita la cifra 666, esto significa que toda bestia es, ante todo, un demonio. La cifra 666 es una cifra del demonio. Es la cifra del demonio solar. Según la creencia de los antiguos, a cada demonio le correspondía una cifra. La misma Escritura nos lo dice de un modo velado. Cuando Nuestro Señor Jesucristo arroja a los siete demonios del cuerpo de Santa Magdalena, esto significa que arro-


Max Jacob
le vrai serpent

ja a aquel demonio al que corresponde la cifra 7. Y es este demonio precisamente el demonio de Venus. ¿Quién será más demonio que la serpiente, la cual representa toda la fuerza del Universo? Esto es lo que muy justamente nos dice el *Génesis* hablándonos de la serpiente como de un demonio. Adán y Eva aceptando el fruto de la tierra hicieron alianza con el demonio. Por el pecado original hemos hecho alianza con el demonio para lograr nuestra felicidad terrestre. Así lo quiso Dios porque su bondad nos había regalado la Tierra.

El segundo acto del drama del *Génesis* es el castigo que Dios nos impuso. Dios nos castigó dándonos el dolor. Invención sublime e ingeniosa, porque este pretendido castigo es un nuevo regalo de la bondad del Creador.

Dios, que nos había dado las alegrías de la tierra, quiso darnos también las alegrías del espíritu. Con el dolor les dice Dios a quienes quieren comprenderlo cuál es el camino que conduce al espíritu. Dándonos el dolor, Dios nos da la puerta por la que podemos entrar para llegar a encontrarle. Fué Jesucristo, seis mil años después, quien nos mostró el significado del dolor y, por consiguiente, el sentido del benéfico pecado original. Por este llamado castigo, Dios Padre abrió paso al camino de su Hijo y

al nuestro hacia el Paraíso perdido por Adán. Comprender el dolor como camino del espíritu es comprender la religión católica. Comprender el espíritu como objeto o fin que queremos lograr, es comprender la religión católica. Jesucristo dirá *yo soy el espíritu y la vida,* la vida eterna porque el espíritu no muere: *el que come mi carne y bebe mi sangre vivirá eternamente.* La religión católica tiene por objeto darnos el espíritu o, mejor dicho, hacernos participar del espíritu.

3

EL DOLOR

Hay evidentemente distintas fuerzas en el Universo. Hay fuerzas que nos empujan hacia la alegría: redoblan nuestra actividad, estimulan nuestros humores, favorecen nuestra salud. Hay, en cambio, otras fuerzas destructivas que nos destrozan, nos llenan de remordimiento, llevándonos con ello al examen de nosotros mismos. Estas fuerzas actúan también sobre nuestro físico: nos adelgazan, nos carcomen, nos purgan, nos concentran en nuestro propio ser. Son estas las fuerzas dolorosas que al ahondarnos en nosotros mismos nos arrancan las

ilusiones haciéndonos ver claro en nuestro interior y también haciendo que veamos claramente a los demás. He aquí que ya hemos llegado con esto a la explicación del símbolo admirable de la Cruz. El madero transversal de la Cruz es nuestra propia naturaleza repleta de esas influencias a las que vivimos sometidos cada día y cada minuto. El madero transversal somos nosotros mismos como una presa de la naturaleza, como una presa del prójimo y de nuestras propias pasiones. El madero vertical significa, a su vez, las fuerzas que oponemos nosotros a estas influencias naturales: todas nuestras fuerzas; porque significa todas las fuerzas dolorosas, comprendiendo en ellas a la razón, a la voluntad, a la prudencia, a la energía y hasta a la conciencia de nuestros gestos. La religión católica, con su Cruz del Salvador dominándolo todo, nos llama a la razón, a la voluntad, para que constituyamos en nosotros, o reconstituyamos, nuestro Yo individual, oponiéndolo a todas esas influencias exteriores, a esas fiebres de la agitación natural. Consiste, por consiguiente, en la busca del espíritu y en su triunfo. ¡Y aún hay quienes cometen la insensatez de atreverse a acusar a los católicos de ser imbéciles, cuando son los únicos que tienen el talento de ir a buscar al espíritu en el único sitio en donde se encuentra! En cambio, los

otros, que no tienen ese talento, no tienen ni el deseo de aumentar prácticamente en ellos aquello que tengan de espíritu natural. Porque no es, naturalmente, en los libros en donde se encuentra el espíritu de uno mismo, que es el único que nos importa. Los perezosos encontrarán siempre en los libros una manera cómoda de poder pasarse sin espíritu. Pero el espíritu es el hecho mismo de su busca, y por eso está en el acto mismo de buscarlo, de descender uno en sí mismo; y así no está en la memoria, ni está en la adquisición de fórmulas y de opiniones rutinarias. Habría mucho que decir de esto, aunque nosotros reconozcamos la utilidad del desenvolvimiento del espíritu por la memoria. Porque estamos muy lejos de ser enemigos de la instrucción, pero habría que entenderse, primero, sin embargo, sobre este hecho: que la busca del espíritu es ya el mismo espíritu.

4

EL AGUA

Es la materia. Moisés salvado de las aguas significa que se ha salvado de la materia. El bautismo

no es el bautismo más que porque el bautizado sale del agua después de la inmersión en ella; no ha entrado en el agua más que para poder salir. Primitivamente, los neófitos entraban en el agua de un río, y sabemos que San Juan Bautista bautizaba en tal sitio porque allí había agua. Nuestro Señor entró en el agua. Pero es cuando salió del agua cuando la voz de su Padre se hizo oír, diciendo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias.* Y no fué al entrar en el agua cuando la voz se oyó. El sentido del bautismo es la adquisición del espíritu porque sale de la materia; así es el bautismo por inmersión el más conforme con la significación simbólica del agua. Las otras ceremonias, más o menos modernas, no son más que un vago recuerdo de la inmersión. San Pedro compara las aguas del bautismo con las del diluvio, y no porque por ellas se pierda el alma por la invasión de la materia, sino porque salvan a los que salen de ellas. Noé se salvó del diluvio. No olvidemos que Noé fué el inventor de la viña mientras que Jesucristo nos dijo de sí mismo, durante la Cena, que Él es el vino. Noé representa, por lo tanto, el espíritu. Podría señalarse a este propósito que el Arca es la que sale del agua cuando el agua es la materia. También podría advertirse que había ocho personas dentro

del Arca y que según una tradición antigua el ocho es la cifra del espíritu. Se atribuía a las armas de Nuestro Señor la cifra 888. La Santísima Virgen nació el día 8 de setiembre. La Circuncisión, destinada a aumentar en los judíos la inteligencia por el contacto de las partes más sensibles del hombre con la influencia magnética terrestre, se hacía ocho días justos después del nacimiento del niño. Es indudable que se trata en el hecho del diluvio de un acontecimiento indiscutible, pero simbólico: símbolo del espíritu; Noé dominando la materia, el agua, el diluvio. ¿Por qué se iba a hablar de este diluvio solamente y no de otros diluvios geológicos si no hubiera tenido un valor simbólico? El hecho de que numerosas mitologías nos hablen del diluvio, no quiere decir que todos los humanos guarden el recuerdo de un cataclismo especial, idéntico, sino, por el contrario, que el diluvio que se menciona en las mitologías y en las leyendas nos prueba que, para todos los iniciados, el agua tiene la misma significación: la invasión de la materia contra el espíritu.

En las Sagradas Escrituras se nos ofrece siempre una separación muy clara entre la materia y el espíritu: entre el vino y el agua. Jesucristo empezó la serie sublime de sus milagros cambiando el agua en vino en las bodas de Canaá. Sumergió a un paralí-

tico en una piscina y el paralítico salió curado. Cuando los judíos buscaban la Tierra Prometida llevaban, ante ellos, el célebre racimo de Jericó (Jesús es el vino). Los judíos atravesaron el Mar Rojo y las aguas se abrieron para dejarles paso. Sabemos que para la Iglesia católica el paso del Mar Rojo es una profecía del bautismo y el triunfo del espíritu; la materia, apartándose para dejar paso a los judíos, es el agua vencida por el espíritu. El mismo fenómeno se dará a propósito de Josué. Cuando los judíos en el desierto, después de haber dejado Egipto, llegan conducidos por Moisés a un lugar desolado, donde las aguas eran tan amargas que no podían beberlas, Jeová indicó a Moisés una cierta madera que las hizo potables. ¿Qué quiere decir esta madera? Se ha dicho que esta madera existía en aquel país; pero es muy extraño que haya desaparecido totalmente y que nadie, después, ni los árabes de la península sinaítica, ni ningún viajero la haya vuelto a encontrar. Se trataba, pues, indudablemente, del poder del espíritu que adormece los dolores causados por la materia, y no es otro que éste el símbolo de la madera en las aguas amargas. Cuando una de las plagas de Egipto, en las aguas del Nilo se murieron todos los peces, por lo que los egipcios no pudieron beberlas más. El Nilo se puso todo rojo, lo

cual es el símbolo y la profecía de las transformaciones que la gracia de Dios hará padecer a la materia para sublimarla. Del mismo modo que cuando Moisés levanta la serpiente de bronce en el desierto, puesto que conocemos el símbolo de la serpiente, comprendemos por esta profecía que las fuerzas materiales que la serpiente representa serán sublimadas. Efectivamente, el *Cantar de los Cantares* le llama a la gracia de Dios: *las aguas vivas*. Moisés, al golpear la roca en Cades y en Rafiri, hizo brotar agua de la peña. Este agua es el símbolo de aquellas aguas vivas o materia sublimada de que nos habla el *Cantar de los Cantares*. Aquí el agua sigue siendo considerada siempre como materia, pero, si así puede decirse, como materia espiritual. José, imagen profética de Jesucristo—puesto que es el guardián de los trigos del Faraón, como Nuestro Señor Jesucristo lo es del pan de sí mismo—, José fué arrojado a una cisterna, imagen de la vida dolorosa de Jesucristo en medio de nuesta vida material. Las cisternas vacías servían de refugio a los entrampados y también servían de cárceles. Jeremías fué descendido por medio de unas cuerdas a lo hondo de una cisterna. Los israelitas, perseguidos por los filisteos, se salvaban escondiéndose en las cisternas. El agua, siendo, como es, la materia, es también el

dolor; por eso se habla en las Escrituras de *aguas de contradicción*, de *aguas de rebeldía*, de *aguas de celos*. Los *Proverbios* del Rey Salomón llaman a los placeres prohibidos: agua furtiva, es decir, el pecado; asimilando, de este modo, el pecado por la materia; el agua es, por lo tanto, siempre, como vemos, la materia; la religión católica no la considera como tal más que para poder oponerla al espíritu, el cual, a muy justo título, nos lo ofrece en la persona de Jesucristo por Su pan y Su vino.

Si Nuestro Señor ha escogido por símbolo de sí mismo a los peces, como lo vemos figurativamente en muchos monumentos y sobre los muros de las catacumbas, es porque, para Él, el pescado es aquél que sale del agua: el espíritu, por lo tanto. Si Él quiso escoger a sus apóstoles de entre los pescadores, es porque los pescadores son los que sacan del agua el pescado. Los futuros apóstoles fueron destinados a sacar o pescar el espíritu de los paganos; es decir, a llamar al espíritu a todos los hombres materiales. Si Jesucristo distribuye a las muchedumbres una gran cantidad de pescado que ha sacado de cinco peces solamente, esto no es otra cosa que la imagen de todos los espíritus que llamará hacia Él, en virtud de algunas sencillas verdades primeras.

5

LA SANGRE

En la Epístola a los hebreos (Cap. IX-12-13-14), escribe San Pablo: *Ni por sangre de machos de cabrío, ni de becerros, más por su propia sangre entró una sola vez en el santuario, habiendo hallado una redención eterna. Porque si la sangre de los machos de cabrío y de los toros, y la ceniza esparcida de la ternera santifica a los inmundos para purificación de la carne: ¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual por Espíritu Santo se ofreció a sí mismo, sin mancilla, a Dios, limpiará nuestra conciencia de obras de muerte, para servir al Dios vivo?*

Los antiguos creían que matando a los animales y vertiendo su sangre se purificaban. Porque en lo que creían era en el poder de la sangre. El sacrificio no era la ofrenda o la libación en honor de un dios, sino que precisaba la inmolación de una víctima. La efusión de sangre sobre el altar constituía la parte principal del sacrificio. Los Doctores hebreos decían que cuando la sangre toca el altar es cuando son expiados los pecados. Y en la misma Epístola a los hebreos, dice San Pablo: *Según la ley* (la ley antigua, la de Moisés) *casi todo se purifi-*

ca con la sangre, y sin efusión de sangre no hay redención (del pecado). He aquí cómo se comprende el motivo purificador de la sangre: la sangre es la misma vida. Cambiar la sangre es cambiar la vida. Si la vida se contamina por el pecado hay que cambiar la propia sangre: sólo así puede hacerse un hombre nuevo. Porque precisamente por que no puede darse la sangre sin morir o sin debilitarse, había que tratar de unirse todo lo más posible con la sangre de las víctimas del altar.

La palabra unirse es muy importante en este caso. El deseo de unión con la víctima del sacrificio es manifiesto. En los sacrificios de los pueblos antiguos se tocaba la sangre con los dedos frotando con ella los rincones del altar, y Moisés ordena que después de haber matado el cordero pascual se mojen los dedos en su sangre y se frote con ella el dintel de las puertas. Luego, se comía el animal sacrificado. En Roma había la Épula o sacrificio-banquete. No se trata, pues, de un regalo que se hace a Dios para que le sea agradable, ni del simple hecho de privarse de un animal útil, sino de comérselo, porque es la idea de compartirlo con Dios lo significativo. Se quemaba una parte de la víctima, que era la que se suponía comida por Dios y se comía el resto para compartirlo de ese modo con

Él. Y no es porque la sangre del toro o del cordero sustituya a la propia sangre, sino porque la sangre de este animal irá a Dios al mismo tiempo que al que la ofrece, que, al ofrecerla, se hallará compartiendo con Dios una misma sangre, poniéndose en comunión o comunicación con Dios de ese modo. Porque la sangre era la sede del alma y de la vida para los antiguos. La sangre es, también, la sede de las pasiones humanas y del pecado; será, por consiguiente, rescatarse de las pasiones el hecho de ofrecer el pecado en su propia substancia. La unión con algún dios es la base de todas las religiones. El sentimiento de esta unión es tan verdadero que los hebreos pasaban por entre las dos mitades de la víctima sacrificada para significar con ello que se hacían parte integrante de esta misma víctima. Para sellar su alianza con Dios (pues siempre se trata de una alianza: antigua alianza, nueva alianza) Abraham divide o parte en dos mitades los animales sacrificados, y, al caer la tarde, Jeová, en forma de fuego, pasa entre las dos mitades cortadas; y Abraham hace lo mismo. Los caldeos tenían también esta costumbre de partir los animales por mitad, y los árabes, aun hoy, se colocan simbólicamente entre las dos mitades partidas de una víctima para significar con eso que se iden-

tifican con ella. Moisés, para consagrar la unión purificadora del pueblo con Dios, vertió la mitad de la sangre de las víctimas sobre el altar en el que Dios estaba presente y con la otra mitad roció al pueblo. Como los animales tenían para los griegos una significación simbólica y los dioses también la tenían, se sacrificaba a cada dios el animal que tuviera la misma significación que él; así el dios y la víctima se hacían uno solo, y la sangre de la víctima purificaba al creyente porque era la misma sangre del dios. A Ceres se le ofrecía un cerdo porque el cerdo representaba, como ella, todas las riquezas de la tierra. A Baco se le ofrecía un carnero porque Baco es un dios del espíritu y el carnero es, en el Zodíaco, un signo que preside al espíritu. La Iglesia católica considera que el sacrificio de Abraham, en el Antiguo Testamento, es la imagen profética del santísimo sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo. Sabemos que Abraham, para cumplir el mandato de Dios, que quiso probarle en el amor que le tenía, se dispuso a matar a su propio hijo, cuando un ángel le detuvo el brazo enseñándole un animal para que lo sacrificara. Y este animal, designado por el ángel para el sacrificio, en lugar del hijo de Abraham, era un cordero. ¿Y por qué precisamente un cordero? Porque no habían llegado aún los tiempos en que la



Max Jacob

Sacrifice d'Abraham

sangre de Nuestro Señor Jesucristo viniera a darle a la tierra el espíritu nuevo y la tierra tenía que contentarse con el espíritu del cordero, que es el signo zodiacal más espiritual de todos, y, además, el que le estaba reservado, particularmente, a la nación judía. Vemos, de este modo, la importancia que tiene la elección del animal sacrificado. Los patriarcas judíos tenían, indudablemente, demasiado respeto al Dios único para atreverse a identificarlo con un cordero, pero los griegos no, porque estaban mucho más familiarizados con sus dioses. A Esculapio, que era un dios de pasión alegre, le ofrecían una cabra porque la cabra, con su fiebre constante, es una pasión viva: el muslo velludo de los sátiros es un símbolo de las pasiones. Esculapio es un dios del mismo orden que Baco, y por eso los sátiros forman parte de su cortejo; la cabra peluda o el macho cabrío se identifican con ambos dioses. El muslo velludo significa las pasiones vergonzosas, por eso el Buda dice de sí mismo, en la lista de sus treinta y dos bellezas, *que tiene el muslo liso y sin pelo,* es decir, que no tiene pasión; dice, también, que tiene el vello inclinado hacia la derecha porque el lado derecho es la sede de la voluntad, con lo que significa que él es dueño de sus pasiones. Pero ya nos hemos alejado demasiado de la sangre.

Tertuliano llama a la sangre *una semilla*. San Juan Crisóstomo dice que *los jardines se revisten menos con la fecundidad de las aguas que las iglesias con la sangre de los mártires*. Los cristianos, desafiando a los verdugos, se acercaban al paso de los mártires hasta poder recoger su sangre. Siete cristianos fueron inmediatamente inmolados sobre la arena por haberlo hecho así con San Blas. Santa Prudenciana y Santa Práxedes iban a la sepultura de los mártires para embeber su sangre en unas esponjas que luego exprimían sobre un pozo, que hoy todavía se enseña. Se llevaba la sangre de los mártires a la tumba de los cristianos; se han encontrado multitud de vasos al lado de muchas de sus tumbas y el análisis químico ha probado que estos vasos tuvieron un contenido de sangre. ¿Y por qué? Pues porque la virtud de la sangre acompañaba a las almas después de la muerte, asegurándoles la salvación eterna por el espíritu. En resumen, derramar sangre era derramar el espíritu, cambiar el espíritu.

Nadie se escandalice al verme comparar con estos innobles sacrificios de la antigüedad pagana el divino y sublime sacrificio que purificó al mundo. Fué Nuestro Señor mismo quien nos dijo que Él era el Cordero Pascual, o sea la víctima de aquél sacrificio que hacían los judíos por la Pascua. No

faltan textos en la Escritura que nos enseñan que el Señor se ha considerado a sí mismo como la víctima del sacrificio. La víctima inmolada, aceptada, ofrecida, ensangrentada, en holocausto; el sacrificio por el pecado; y así se trata, en la crucifixión, de un verdadero sacrificio según el rito antiguo. Nuestro Señor se ha sumado al sacrificio del Antiguo Testamento, a aquéllos de Moisés, diciéndonos: *Esta es la sangre de la alianza que Jeová ha pactado con vosotros.* En la Epístola a los romanos leemos: *es a Él a quien Dios ha mostrado como víctima propiciatoria por su propia sangre,* y San Pablo añade: *Nos hemos libertado por su sangre preciosa, la sangre del cordero.* El es el cordero de Dios, o sea la víctima inmolada. En el sublime sacrificio se ha hecho notar que Nuestro Señor es al mismo tiempo el sacerdote, puesto que se sacrifica a sí mismo; la víctima, porque es Él quien muere; y el altar, porque es sobre su divino cuerpo por donde corre la sangre vertida. En cuanto a quienes beneficia este sacrificio, somos la humanidad entera. Pero aquí no se trata ya de una imagen simbólica. No es este un error como el de los paganos, que creían renovarse por la sangre de un toro; aquí se trata de una Sangre verdaderamente Espíritu y Vida Nueva, puesto que el Señor nos lo dijo, Él mismo, en la Cena, elevando el

cáliz del vino: *Esta es mi sangre*. Y su sangre es Espíritu.

Tenemos, por consiguiente, razón nosotros, los fieles creyentes, cuando asistimos al sacrificio de la Misa, del cual los otros sacrificios fueron solamente la imagen grosera o la profecía. Nosotros asistimos al sacrificio de la Misa porque Dios nos ha dicho que Él era el pan y el vino; y en el altar, la Hostia de pan, que es el cuerpo de Jesucristo, se parte por el sacerdote y el cuerpo de Jesucristo se rompe en ella. El vino, que es la sangre de Jesucristo, bebido por el sacerdote, se esparce místicamente sobre los presentes, y este vino, por ser Espíritu, derrama el espíritu sobre todos. Teníamos razón, por eso, cuando decíamos al principio que *la Iglesia es el único sitio en donde se nos da el espíritu*.

6

LA LANZADA

Sobre la cruz, ensangrentada con su dulce carga, resplandece la verdad del catolicismo. Pero ni aun entre los buenos cristianos suele darse la preocupación de profundizar el sentido de estos símbolos. Las referencias sobre el cuerpo de Nuestro Señor y

sus correspondencias analógicas son raras. Es necesario relacionar hipótesis, aproximarlas entre sí y juntándolas con los datos de la iconografía, examinar los gestos acostumbrados que ésta nos enseña, hasta llegar, por el razonamiento, a poder sacar alguna conclusión, si queremos penetrar el sentido de la cruz cargada con un hombre clavado en ella.

El cuerpo de Dios quedó íntegro, *sus huesos no se romperán*, dice Isaías. Y, efectivamente, era costumbre romperles las piernas a los crucificados; pero los soldados, viendo que Este ya estaba muerto, no se las rompieron. Ello fué debido al cumplimiento de la resurrección para la presencia real y eterna de este Cuerpo en el cielo. Y es que las formas tienen por sí mismas un lenguaje, un poder de existencia. El ojo del hombre se equivoca, naturalmente, con todas las apariencias: la ciencia nos lo enseña así; pero las formas humanas tienen, sin embargo, una verdadera existencia ideográfica, y la forma humana, en toda su espléndida verdad, se realizó por Dios. El Padre celeste debió cuidar que la forma de su creación no se comprometiera por la torpeza de los soldados. Hay que creer también que las heridas de los pies, de las manos, de la cabeza y del costado eran necesarias, puesto que Dios fué el único de los tres crucificados el Viernes Santo, que, según la


Christ mort
Max Jacob 33

iconografía, tiene atravesados los miembros. Los dos ladrones están atados, no clavados en la cruz. Voy a explicar por qué: *cuando la cabeza y las manos están limpias ya no hay más que lavar los pies,* dice el Señor a San Pedro. San Pedro no quería que el Señor le lavase los pies. *No tendrás parte conmigo* –le dice el Señor– *si no dejas que te lave los pies.* –*Entonces no solamente los pies, sino también la cabeza y las manos*–responde Pedro. Cada parte del cuerpo del hombre está reservada a un signo del Zodíaco y sigue el orden de estos signos, comenzando por el *carnero,* que es la cabeza, y terminando por los *peces,* que son los pies. El signo de los *peces* confiere a los que pertenecen a su influencia el don de la doctrina, de la filosofía, la dulzura y la humildad. Esta es una de las razones por las cuales el Señor escogió la forma de los *peces* como ligadura. Los *peces* y los pies van juntos. Lavar los pies es como enseñar la doctrina. Si se besa la mula del Papa no es para adorar al Papa, sino la doctrina que representa. Los Emperadores teutónicos recibían la investidura al calzarse. En el templo de Jerusalén, los sacerdotes llevaban los pies desnudos. Todavía hay que descalzarse cuando se entra en las mezquitas. Se besaban los pies para suplicar, lo cual significaba que se suplicaba en nombre Dios. Los pies son el

símbolo de un género de inteligencia. El Señor con los pies traspasados quiere decir que en Él este género de inteligencia tuvo perfecto cumplimiento. De ahí la respuesta de Pedro: *no solamente los pies, sino también la cabeza y las manos,* lo que significa que la cabeza y las manos son otro género de inteligencia y que el tenerlas heridas tiene un sentido análogo.

La mano es el espíritu de Dios cuando éste se aplica a la tierra, es la comunicación de Dios con la tierra: de aquí, las bendiciones. De ahí, la imposición de manos, de la que hay tantos ejemplos históricos perpetuados por la iconografía. La costumbre de grabar una mano sobre las tumbas era para poner al muerto bajo la protección del espíritu de Dios. Muchas reliquias están encerradas dentro de manos esculpidas. La mano es, por lo tanto, de Dios. Es también de la tierra porque la mano es un lugar sensible a todas las influencias terrestres: por eso está manchada. En efecto, para ir a recibir la santa Comunión, se tapan las manos como para no manchar la Hostia. Los Cardenales, cuando reciben el capelo de manos del Papa, como cuando prestan juramento, se tapan las manos. Se trata, pues, en el símbolo de la mano, a un mismo tiempo de Dios y de la Tierra. La mano es la inteligencia terrestre, la

inteligencia de las cosas de la tierra, como el pie es la inteligencia de las cosas del cielo. Las manos clavadas son una nueva inteligencia cumplida.

Todo en el Evangelio es a la vez verdad histórica y verdad simbólica. Es verdad que a San Juan Bautista le cortaron la cabeza en aquel trance sublime del espíritu que comienza por la muerte moral, simbolizada por el nacimiento inmaculado y el parto purísimo de la Santa Virgen, que se continúa por la huída y enseñanza en Egipto, país de la ciencia, por el bautismo, por el ayuno y por la conversión del agua en vino o de la materia en espíritu. San Juan Bautista representa el espíritu de meditación, el espíritu de soledad y de arrepentimiento. Helo ya con la cabeza cortada y puesta sobre un plato para mostrarla. Tenemos derecho a decir que es, esta cabeza, todo San Juan Bautista y que, por consiguiente, la cabeza representa este espíritu de meditación y de arrepentimiento. Cuando Santa Verónica, que es amor, encuentra la cruz en su camino, que es dolor, sale de este encuentro la imagen de la Santa Faz; y he aquí, con ello, la inteligencia de creación, porque la creación es dolor y amor al mismo tiempo que meditación. Hacía falta que la Santa Faz fuese coronada de espinas, ensangrentada como las manos y los pies lo fueron,


Véronique
Max Jacob

para que esta otra inteligencia también se cumpliera. La muerte de Cruz era la sola muerte posible para Jesucristo porque era la única muerte que podía traspasar de sangre cada una de las partes del Cuerpo divino, que simbolizan los diferentes géneros de inteligencia humana. El Evangelio, historia del espíritu, acaba por desenlazarse en la perfección del espíritu.

La lanzada nos habla idéntico lenguaje. Un soldado, para comprobar la muerte del Señor, le hirió con su lanza en el costado—este mismo costado herido en el que Santo Tomás meterá sus dedos poniéndolos sobre la llaga, los dedos que tocan espiritualmente la materia—. ¿Y qué salió de aquella abierta herida? Sangre y agua. Luego, conociendo el significado del agua, que es materia, y el de la sangre, que es espíritu, hé aquí la unión de la sangre y el agua. Lo que es como si el Señor nos dijera: *sean cuales fueren vuestras perfecciones intelectuales, si no llegáis a la unión de vuestro espíritu con la materia es como si nada tuviéseis*. Esta unión es la compasión absoluta. El nuevo espíritu traído por Jesucristo al mundo. Espíritu de verdadera caridad, porque la caridad no es el don solamente, sino que es la comprensión acompañada de compasión. *Aunque déis todos vuestros bienes a los pobres*—dice San

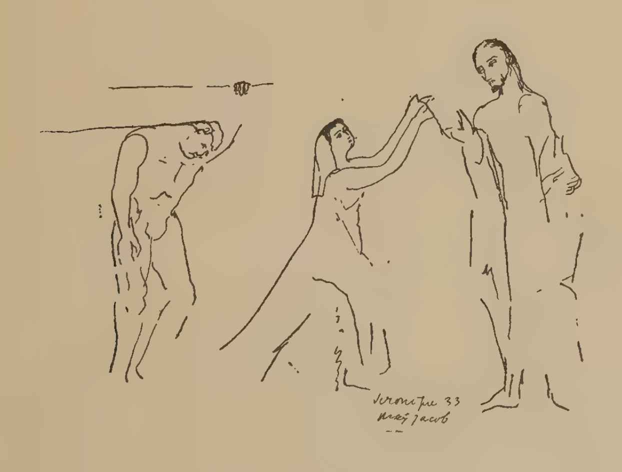
Pablo –, *si no lo hacéis por caridad, es como si fuéseis de bronce sonoro.* La caridad de que nos habla San Pablo es, justamente, la de esta unión del agua con la sangre o del espíritu humano con los acontecimientos; porque es una inteligencia. *Reir con los que ríen, llorar con los que lloran,* dicen el Evangelio.

Y este es, en definitiva, el verdadero sentido de la santa religión católica.

MAX JACOB

Dibujos del mismo.

Traducción de JOSÉ BERGAMÍN



CADALSO
o
la noche cerrada

Est quaedam flere voluptas. *La sensibilidad prerromántica. Las* Noches *de Young.* I mourn for millions. *Los cielos y la gloria de Dios. Los cielos de la retórica.*

Personalidad de Young. La nocturnidad, situación poética. Narcisa. Poesía y realidad.

Cadalso. Verdad y ente; poesía vivida y vida poética.

Noche cerrada. La sombra, símbolo de la vida poética. *Prerromanticismo y Aufklärung. El terror ornamental y el dolor estatuario. La poesía del desengaño en el preromanticismo. La sombra y el muro.*

La supuesta influencia de Young sobre las Noches lúgubres. *La mentira de la verdad y la verdad de la mentira. La* Dorotea *de Lope, día abierto.*

Versos a la muerte de Filis. Anacreontismo o incapacidad de amar. Conciencia del fracaso.

Lope o el primado de la acción disciplinada. Paralipomena *a las* Noches lúgubres. *Cadalso desaparece.*

1

OVIDIO había sabido que *est quaedam flere voluptas,* Garcilaso había hablado del dolorido sentir que nadie podía quitarle; otros poetas de cien escuelas y tendencias—nuestro Lope, en versos líricos y dramáticos con especial frecuencia y eficacia—, habían ensalzado mil veces el blando halago de las lágrimas, lágrimas de amor o de desconsuelo. Hasta los días de Cadalso—desconsuelo sin lágrimas—esta onda interrota de sentimentalismo romántico zigzaguea largamente por las literaturas de Europa, antiguas y modernas, y en su zig-zag alcanza muy diversas alturas y profundidades. Una altitud eminente se registra por los años de 1745, 1750, 1760, debido a muy varias causas, en cuyo examen no hemos de detenernos. Destacaremos sólo un episodio de aquella historia, pues su análisis permite desentrañar curiosas enseñanzas. A su luz, todo aquel fervor que fué la sensibilidad prerromántica,

aparece crudamente esclarecido, y con él las causas de un fracaso artístico y de un fracaso humano.

Entre 1742 y 1745, el Doctor Edward Young publica su libro *Pensamientos nocturnos (Night-Thoughts)* y por él aparece en la historia como uno de los poetas que más contribuyeron a esa transformación de la sensibilidad europea que hizo posible el romanticismo. Eran los del doctor pensamientos sobre el hombre y sus destinos, sobre Dios, la muerte y la inmortalidad, poesía moral y filosófica bastante hueca, bastante falsa, en la que no se echan de ver fácilmente matices personales y nuevos que basten a explicar los ulteriores destinos del poema. Ese libro reflejaba, con todo, algo que la sensibilidad nueva percibió en seguida; percibió una actitud poética. En la noche y en la soledad, una conciencia atormentada hace vivir en sí los dolores dormidos de la humanidad innumerable. *I mourn for millions,* escribía el Dr. Young, sin sospechar tal vez la fecundidad histórica de aquella frase suya. Esto, no la religiosidad y las filosofías del poema, eran lo nuevo de él. El mundo nocturno no estaba ahí para que sobre él recayera la atención del contemplador, replegada luego con la presa magnífica de una gran enseñanza. No sólo obtenía el espíritu una verdad

ética; se obtenía a sí mismo, se hacía uno con la conciencia de afanes y dolores. Más que lo reflejado interesaba el espejo. A pesar de propósitos religiosos determinados, de pruebas de mil clases sobre la grandeza de Dios y la miseria humana, Young se aparta de aquella poesía contemplativa que, entre nosotros, tuvo en Fray Luis de León su más preclaro ejemplar. Para ella, la noche había sido manantial maravilloso de emoción y conocimiento, pero la claridad estelar que en los cielos lucía, adorno esplendoroso de una creación perfecta, era motivo de exaltación y ansia, no de abismamiento en la conciencia propia. Para Fray Luis, como para el salmista, *coeli enarrant gloriam Dei;* ellos son la esfera a que tiende el espíritu. Fray Luis ve el cielo abierto, y los cielos abiertos son tema central de su poesía. En ellos el alma se anega en un mar de dulzura, dulzura que es conocimiento.

Young toma demasiado en serio el latido de su conciencia moral para atreverse a contrastar su esfuerzo razonador con la abierta grandeza de los espacios siderales, a los que hay una continua referencia alusiva, pero que no están en el poema con la radiante presencia del cielo de Fray Luis. A Young, contemporáneo de Lessing, le interesaba menos conocer que forcejear por el conocimiento. Discreta-

mente alza un fondo opaco detrás de su figura, para centrarla y destacarla:

Silence how dead! and darkness how profond!
Nor eye no list'ning ear an object finds.
Creation sleeps.

Ese telón de fondo recibe de vez en cuando accidentes románticos, que están allí más para sugerir el ambiente que para elevar el espíritu. Los astros, siempre detrás, siempre como último término, sólo viven para el apóstrofe retórico:

To the lunar sphere
In silent hour, address your ardent call
For aid immortal.

Young necesita crearse una atmósfera para vivir de sus fantasías; necesita sustantivar el artificio. En la frase hueca, cualquiera que sea su contenido, siente el poeta su razón de ser; razón de ser literaria. Frases: *A worm, a god; Bliss, sublunary bliss! proud words and vain!*, frases de sorprendente oquedad y prosaísmo a veces, hilaza tosquísima en que se van enlazando otras de mejor porte retórico. La sensibilidad prerromántica resbalaría sobre innume-

rables máximas honradas e inanes: *Procrastination is the thief of time; Death... entombs the body, life the soul.*

2

El Dr. Young fué un clérigo inquieto y ambicioso, resentido de la opaca soledad de su vida aldeana, adulador y poco honesto. Su juventud había sido borrascosa, pero la vejez depuradora y el cambio de sensibilidad a que antes aludimos hicieron de él un mártir y un apóstol. Esta extraordinaria metamorfosis es un fenómeno de tal manera revelador, que es conveniente detenerse unos momentos a examinarlo. Lo necesitaremos más adelante como término de referencia.

La tercera de las *Noches* lleva un subtítulo interesante, *Narcisa,* y encierra alusiones a un episodio de la vida del autor, que toda Europa se creyó en el caso de interpretar a la romántica. En todo ese episodio abundan anticipaciones de romanticismo: hay, sobre todo en los comienzos, una de esas *situaciones poéticas* a que los lectores hicieron cobrar relieve, abstrayéndola de mucha palabrería inútil y de peregrinos ringorrangos cortesanos:

From dreams, where thought in fancy's maze runs
To reason, that heav'n-lighted lamp in man *[mad*
Once more I wake; and at the destin'd hour
Punctual as lovers to the moment sworn,
I keep my assignation with my woe.

Insomnio, soledad, dolor. El poeta huye de la luz solar *(Take Phoebus to yourselves, ye basking bards!)* para solazarse en sus melancolías. Surge la luna. Cierto, es una luna curiosa la que aquí aparece:

I to Day's soft ey'd sister pay my court,
(Endymion's rival!) and her aid implore...

Una luna que cobra especial importancia porque la Duquesa de P... apareció en un baile de máscaras vestida de Diana. La luna se convierte en una especie de Duquesa de P... celeste:

Cynthia! Cyllene! Phoebe!... or dost thou hear
With higher gust, fair P... of the skies?

A pesar de todo, el comienzo de este canto fué de efectos revolucionarios. *El éxito de las* Noches *contribuyó mucho a difundir la moda lunar. Young*

marcha a la cabeza del dilatado cortejo de poetas románticos, amantes de la noche y de la luna... dice Van Tieghem, *Le préromantisme,* II, 29. La *actitud poética* impresiona la sensibilidad de los lectores con mayor eficacia que todos los primores o todas las torpezas de ejecución. Aun hemos de comprobar el mismo fenómeno en otra conexión más elocuente.

Young cuenta, entre largas digresiones y filosofías, la historia de un gran martirio, de una sangrienta impiedad. Narcisa, la pura doncella, muere en tierra extraña, y el poeta tiene que dar sepultura al cadáver, solo, entre las sombras de la noche. En torno a este episodio se fué adensando la leyenda. W. Thomas, en su tesis *Le poète Edward Young,* cuenta detalles curiosos de todos los sucesos reales que dieron origen a esa *Noche tercera* y a la leyenda del autor, quien, según parece, tuvo una hija natural, cuya existencia trató de esconder, por lo que hubo de incurrir en varias supercherías cuando la curiosidad de su inmenso público acudió a él para indagar nuevos detalles lacrimosos de la muerte y los solitarios funerales de Narcisa. Del pormenor biográfico, que los estudiosos pueden ver expuesto en Thomas o en Van Tieghem, podemos prescindir nosotros, que sólo queríamos establecer el caso ejemplar: Un poeta de gustos clásicos, de formación

cortesana, sermoneador y filosofastro, ensaya modalidades poéticas que la sensibilidad del siglo XVIII acoge ávidamente y multiplica. La resonancia universal puede no sólo potenciar esas tímidas notas, sino que las transforma. La ficción de arte había de ser realidad de vida; con la complicidad del mismo Young, héroe por fuerza, llegó a serlo verdaderamente. En esa rebelión de los crédulos que las *Noches* ocasionan nos parece que consiste su eficacia y su fecundidad.

3

Tenemos en España una interesante contraprueba. Un libro en que un lector de Young imita a Young. No un cofrade del poeta inglés, un lector suyo es el autor de ese libro ingenuo y pueril que encierra la más instructiva lección sobre el romanticismo.

Young parte de un propósito de arte; no fué él, fueron sus lectores los que hicieron confluir el arte y la vida. Confluencia que determinó que, al asimilarse el arte a la vida, la vida se asimilara al arte. Éste deja de ser norma, recibe su ley de una vida regulada a su vez. El jardín ha de ser selva, la selva

ha de ser virgen necesariamente, con virginidad renovada de continuo. Una moda macabra se apodera de las gentes sensibles, que armonizan su existencia en una tonalidad lúgubre, como antaño en una tonalidad pastoril. Como siempre ha ocurrido, una espontaneidad vital, una naturaleza irreductible, postulada como fuente del arte, condujo a Europa a los más amanerados artificios artísticos y vitales. Van Tieghem nos habla de ciertos fanáticos de las *Noches* que en Suecia rodearon los más legítimos dolores de un aparato melodramático y pomposo. La vida, hecho artificio, revertía sobre el arte. El clásico de este segundo proceso es nuestro Cadalso.

En las *Cartas marruecas* hay un pasaje extraordinario que ha de despertar necesariamente cierta suspicacia en todo el que intente la interpretación de las *Noches lúgubres*. *Si el cielo de Madrid* —dice Cadalso— *no fuera tan claro y hermoso, y se convirtiera en opaco, triste y caliginoso como el de Londres..., me atrevería yo a publicar las* Noches lúgubres *que he compuesto a la muerte de un amigo, por el estilo de las del doctor Young. La impresión sería en papel negro con letras amarillas...* (Carta LXVII.) ¿No hay motivos para sospechar una broma literaria? Es necesario prestar mucha fe a la realidad de

los amores de Cadalso con María Ignacia Ibáñez, atestiguados por D. Nicolás Moratín, y a cierta carta, por lo demás anónima, copiada por Gallardo, para llegar a creer lo que leemos. Porque de la susodicha carta se desprende que Cadalso no inventa nada. Forzada la vida dentro del artificio, cuidadosamente rebuscada y circunstanciada la ocasión de una vivencia poética, vida y arte llegan a ser la misma cosa; el arte es sólo constancia escrita de la vida.

Parte Cadalso de un punto opuesto al de que parte Young, y sigue una dirección opuesta. El propósito de nuestro autor no es, por deliberación previa, un propósito de arte. Un interno fervor vital es *ya* la poesía. Poesía escrita—luego—*a imitación de Young*. En el molde de Young, el que se deshizo para que sus contenidos inundaran la vida, vuelven a decantarse y aquietarse éstos, agitados aún, humeantes, turbios de negros légamos.

4

Noche cerrada, lívida de relámpagos y sacudida de huracanes. Ni estrellas ni serenidad. Si la luna alumbra los cielos, su claridad estorba. No es

la luna romántica, consoladora, inspiradora de melancolías suaves en que el alma se goza. *No está tan oscura como yo quisiera la luna*—observa Tediato al comenzar la *Noche segunda*—. *¡Oh luna, escóndete, no mires en este puesto al más infeliz mortal!* Noche cerrada. La noche *es* tiniebla, la tiniebla el elemento del espíritu. *Las tinieblas son mi alimento*—dice, en efecto, Tediato. Ese puro fervor vital que vimos identificarse con la poesía, se convierte ahora en pura tiniebla, negación pura. La pasión desustancia al mundo. Esta poesía, que era la vida misma y comenzaba negando el arte, se niega a sí misma al recuperar el artificio. *No suena campana que no parezca tocar a muerto... Cada vez que siento el pie, me parece hundirse el suelo preparándome una sepultura.* Se diría que no existe sino aquello que puede ser resonancia a la queja de Tediato: truenos y relámpagos, cárceles y cementerios, carceleros y enterradores.

Cadalso evita cuidadosamente toda incidencia en los dominios de lo maravilloso, en que más tarde se adentrarán de buena gana los poetas románticos. Quedan en las *Noches lúgubres* curiosos resabios del rigor racionalista de la Aufklärung. No le basta a Cadalso con rehuir toda mención de visiones y monstruos; necesita explicar su no existencia. Si su

propia sombra asusta al sepulturero Lorenzo, Tediato no se limita a decirle: *Lo que ves es tu misma sombra.* Para este hombre que cree que a cada paso el suelo se hunde bajo sus pies, las leyes de la Física tienen una sorprendente fijeza; son, casi, lo único que no ha destruído la muerte de Filis. *¡Necio! Lo que te espanta es tu misma sombra, con la mía, que nacen de la postura de nuestros cuerpos respecto de aquella lámpara.* No hubiera dicho más Feijóo. Y sin embargo, y a pesar de la curiosa anécdota del monstruo que ocasiona el desmayo de Tediato, y que luego resulta ser un perro, Cadalso ha acumulado aquí todos los elementos de terror ornamental que luego prodigaron los románticos. Sobre todo los románticos malos. Ahí está la caracterización del sepulturero: *El rostro pálido, flaco, sucio, barbado y temeroso; el azadón y pico que trae al hombro, el vestido lúgubre...* Con lo que de sí mismo dice el propio Lorenzo – el pseudo-Espronceda de *La desesperación* debió recordar estas palabras –: *He enterrado por mis manos tiernos niños, delicias de sus madres, mozos robustos...; nunca temblé. Puse sus cadáveres entre otros muchos ya corruptos, rasgué sus vestiduras en busca de alguna alhaja de valor, apisoné con fuerza y sin asco sus fríos miembros, rompíles las cabezas y*

los huesos, cubríles de polvo, ceniza, gusanos y podre...

Cárcel: ... *el silencio pavoroso interrumpido por los lamentos que se oyen en la vecina cárcel.*

Carcelero: *¿Compasión yo? ¿De quién? ¿De un preso que se me encarga? No me conocéis. Años ha que soy carcelero y en el discurso de este tiempo he guardado los presos que he tenido como si guardara fieras en las jaulas. Pocas palabras, menos alimento, ninguna lástima.*

Junto a esta profusión de romanticismo terrorífico ornamental, una sorprendente sequedad emotiva. La amada muerta no se nombra, sólo se alude a ella. Toda la desmelenada locura de las *Noches* parece un simple subterfugio para sustraerse al dolor verdadero. Este actor mediocre, que es Tediato, al sentir el aguijonazo que le infiere la muerte de Filis, huye declamando hacia las candilejas. Hay algún rasgo maravillosamente exacto, expresión de este egoísmo de amante, exaltado sobre la muerte de la amada: *¡Cuántas tardes he pasado junto a esta piedra, tan inmóvil como si parte de ella fueran mis entrañas! Más que sujeto sensible parecía yo una estatua, emblema del dolor.* Así tenía que ser. Para que nada falte, se subraya convenientemente el decorado, se indica el ambiente que rodea a la estatua: *Quedé en aquellas sombras rodeado de sepulcros,*

tocando imágenes de muerte, envuelto en tinieblas, sin respirar apenas... La tiniebla en torno viene a realzar la belleza medrosa del dolor estatuario.

La famosa exclamación de Young, *I mourn for millions*, no tiene equivalencia en el poema de Cadalso, cuyo dolor niega al mundo. Súbidamente anima en Tediato el viejo orgullo totalista español. Si Filis ha muerto, ¿es justo que vivan los demás seres?... *La suerte te ha dado tanta miseria y te la multiplica en tus miserables hijos. Eres sepulturero. Haz un hoyo muy grande y entiérralos todos ellos vivos y sepúltate con ellos. Sobre tu losa me mataré*... No sólo sabemos que ha muerto Filis; acabamos de averiguar que su cuerpo es una gusanera. Lorenzo, tan ducho en ese extraño menester de machacar huesos y cabezas, apenas puede resistir el hedor que sale de la tumba... Henos aquí de pronto en un paraje inesperado. Basta asociar unos cuantos significativos lugares de las *Noches lúgubres* para borrar el siglo XVIII; otra voz—sí, la voz es distinta—repite acentos conocidos de aquella falsa poesía del desengaño que acibaró la España del siglo XVII. *La abertura que forma* (la losa) *ya da lugar para que salgan esos gusanos que se ven con la luz de mi farol. ¡Ay, qué veo! Todo mi pie derecho está cubierto de ellos*... *En éstos, ¡ay!, en éstos se ha convertido tu*

carne. Sí, todo acaba de esta manera, y en consecuencia, si Filis ha muerto, ¿existirán el cariño desinteresado, el amor filial, la amistad? ¿Qué valor daremos a todo? ¿Respetaremos a nuestros padres? *Nos engendran por su gusto, nos crían por obligación, nos educan para que los sirvamos...* ¿Las madres? *Nos engendran también por su gusto, tal vez por su incontinencia. Nos niegan el alimento de la leche..., nos vician con su mal ejemplo, nos sacrifican a sus intereses... ¿Qué es un hijo? Sus primeros años un retrato horrendo de la miseria humana. Enfermedad, flaqueza, estupidez, molestia y asco...* Esto ya no es Young. Es Quevedo más Valdés Leal. Pero enteramente desprovistos de sentido, porque en la noche cerrada de Cadalso los cielos no narran la gloria de Dios, y la miseria de la vida no se mide por la maravilla de una beatitud futura. Ya nada se distingue en esta tiniebla impenetrable en la que sólo brilla esa lámpara que hace danzar las sombras sobre el muro.

5

Cadalso se exageró a sí mismo la influencia de Young sobre las *Noches lúgubres.* Es muy posible que ni siquiera hubiera leído el original inglés;

probablemente se atuvo a la famosa traducción de Le Tourneur, cuya importancia ha esclarecido Van Tieghem suficientemente. Prescindiendo de la nocturnidad, del tono retórico y pomposo de algunas máximas y apóstrofes, del nombre de Lorenzo, impuesto al sepulturero, y de algún otro detalle, lo que Cadalso debe a Young es casi nada. No está muy claro para mí de dónde toma nuestro autor todo ese aparato romántico de cárceles, justicias, carceleros, gritos en la noche, ejecuciones nocturnas, etc. Varios temas menores del poema se enlazan, como hemos visto, con rancias preocupaciones españolas.

Lo que hay de falso, de radicalmente falso, en las *Noches* es que todo es verdad. *Pasó al pie de la letra todo lo que describe en la* Primera noche. *En la* Segunda *diferencian bastante las noticias, pues aunque es evidente el lance de los asesinos y el reconocimiento de la justicia, no lo es la prisión que supone en la cárcel... La* Tercera noche... *puso en ejecución el irreflexionado intento, pero no llegó a efecto por la vigilancia de varios espías que... puso el Conde de Aranda por los muchos indicios que tenía...* Así nos lo cuenta la carta anónima ya citada. Esa falsedad es lo que hay que poner a cargo de Young; es uno de esos *revoltants caboti-*

nages de que habla Van Tieghem al recordar los aspavientos sentimentales del sueco Reuterholm en los funerales de su madre. La imitación de Young, a intención del cual se escriben las *Noches,* empieza en el *cabotinage;* la ejercida sobre el poema es sólo indirecta. Y vale la pena señalar el hecho para distinguirlo de otros ejemplares españoles de literatura vivida que no pueden confundirse con esto, que son una alta lección de arte, arte que impone la verdad a la vida.

Por ejemplo, *La Dorotea* de Lope. *La Dorotea* de Lope, día abierto. Karl Vossler, en su excelente interpretación de esta obra, incluída primero en la *Carta hispánica* a Hugo von Hofmannsthal, reescrita luego en *Lope de Vega y su tiempo,* habló de aquella época de Lope que *literarizaba la vida y vivía la literatura,* y esta frase, muy repetida, hasta ha dado origen a un extenso estudio filológico sobre las formas que reviste esa *literarización* de la vida. Todo ello es cierto y falso. La vida humana es siempre literaria en cuanto es vida ritmada y normada, en cuanto recibe su verdad por modo transcendente. Para dar a su vida la verdad que le faltó, escribe Lope *La Dorotea,* que no es una crónica, sino una transfiguración. Dígase lo que se quiera sobre posibles fragmentos escritos a raíz de los sucesos que relatan, *La*

Dorotea es un libro de vejez, un libro de desinterés, de lejanía. Desde su madurez maravillosa, Lope da a su vida forma estética, ética y religiosa.

Desde su vida falseada, radicalmente falseada, desde el puro capricho, Cadalso deshace toda posibilidad artística. Reuterholm, el del «*cabotinage revoltant», rogó a su amigo Ehrenström, que había asistido a la escena* (de los funerales), *que hiciera el relato de ella, sirviéndose de los colores de Young y d'Arnaud* (Van Tieghem). Es el caso de Cadalso. El molde hueco adquiere categoría de norma. La literatura refluye al libro.

Cadalso escribió en prosa un poema de las *Noches*. ¿Supo quizá que el original estaba en verso? ¿Le engañó la forma que Le Tourneur dió a su pretendida traducción francesa? El detalle no carece de importancia. Los versos que inspiró la muerte de Filis, los versos que suelen imprimirse como apéndice a las *Noches,* escritos sin la preocupación nocturna y tumbal de los admiradores de Young, dan la medida del sentimiento poético de Cadalso.

6

Un animal de los que llaman sabios, dice Cadalso, le instó a que cantara cosas graves:

Filósofo he de ser, y tú que oiste
mis versos amorosos algún día,
oye sentencias con estilo triste.

No sería ese consejo incitación directa al filosofar desesperado de las *Noches lúgubres*. Filis vivía aún. Toda la poesía de Cadalso había sido hasta entonces, y seguía siendo, el burlón jugueteo pseudoanacreóntico, atenuado, debilitado, no falto de gracia y de ese encanto especial que hoy sentimos como emoción histórica. Si el animal susodicho había preferido una incitación a mayores gravedades poéticas, quizá sería por hartazgo de los temas consabidos:

... No más amores,
no más requiebros, gustos y dulzuras...
no más cantar por monte, selva y prado
tu dulce nombre al eco enamorado.
No más llevarte flores escogidas,
ni de mis palomitas los hijuelos,
ni leche de mis vacas más queridas...

Muerta Filis, Cadalso sólo puede embocar el caramillo bucólico:

Mi Filis se ha muerto,
¡ay triste de mí!,

una letrilla que, a pesar del amaneramiento y de frecuentes prosaísmos, tiene la suavidad graciosa de otras mil que entonces se escribieron, pero es, como ellas, totalmente ineficaz como expresión de sentimiento. Ni son mejores unos sonetos, una anacreóntica y unos sáficos escritos al mismo asunto. No tendrían interés mayor estos versos sin el contraste de las *Noches;* ponen de manifiesto sobradamente la vacuidad del gesto, la incapacidad de amar. Y al mismo tiempo acentúan analogía de propósitos:

Muerta Filis, el orbe nada espera
sino niebla espantosa, noche helada,
sombras y sustos en el pecho mío.

De mi amada prenda
la sombra sutil
podré con mis brazos...
Mas ¡necio de mí!

Su sombra quería
con el brazo asir
cual si fuera cuerpo.
¡Ay qué frenesí!

Este frenesí preludia las *Noches lúgubres,* que debieron ser el último desesperado esfuerzo del poeta por dar perennidad literaria a su luto, ya que no a su duelo. Todo debió terminar en un gesto resignado, en una tardía alusión irónica al fracaso. Vuelve a salir el sol, y el sol disipa las tinieblas de la noche cerrada. Sol radiante de Madrid, que impide la persistencia en el tema macabro. Ni pensar en la publicación de esos envejecidos papeles, que, de ser impresos, deberían ir en papel negro, con letras amarillas...

7

Desde la lejanía en que le sitúa su arte, Lope ve desfilar un torbellino de pasiones. Todo aquello es la vida; por serlo, todo aparece proporcionado según canon. La contemplación serena y bienhumorada reajusta todas las cosas. Desde su observatorio, Lope decide el primado de la acción en ese proceso de ennoblecimiento de la conducta humana, preocupación

de toda su vida, omnipresente en sus prosas y versos sagrados y profanos, en toda su obra innumerable. La acción útil sobre el razonar esteticista y narcisista, el esfuerzo disciplinado, que es la vida, sobre la agitación intelectualista, vana, pendiente de sí, indiferente al quehacer; ataque, afrontamiento del dolor, de cada dolor, no, como hasta entonces, huída hacia las candilejas para cantar el aria dolorida. La realidad anecdótica, imponiendo su verdad el arte, coincide, no podía ser menos, con la ejemplaridad ética del símbolo artístico. Don Fernando se va a la guerra, se somete a una disciplina.

Los destinos humanos de Cadalso también experimentaron un correctivo muy semejante al que Lope, por imperativos de su estética, impuso a su vida realizada en arte. Las *Noches lúgubres* deben leerse acompañadas de unos paralipómenos en que se refiera la muerte de Cadalso. La cual añade al libro un nuevo mérito romántico, que, como tantos valores del romanticismo no es, en rigor, de orden artístico. Como tantas veces ocurre, el efecto romántico no está en la obra, sino en circunstancias que es necesario hallar por medio de prolongaciones arbitrarias. No había podido Cadalso continuar la obra de las *Noches,* terminada en el momento en que ha de cesar el relato de la aventura fúnebre; *le*

fué imposible seguir el mismo estilo, confesando que aquella obra era sólo hija de su sentimiento — dice la carta anónima. La cuarta noche no la podía escribir Cadalso. Tiene una fecha exacta: 27 al 28 de febrero de 1782; la escena fué el campo de Gibraltar. El casco de una granada disparada por los ingleses *le hirió de rechazo en la sien derecha, le llevó parte de la frente y acabó con su temprana vida.* Las circunstancias de la muerte de Cadalso son las que le devuelven a la realidad. Realidad de heroísmo que disipa falsedades de literatura. Al recuperar su verdad, Cadalso desaparece (1).

JOSÉ F. MONTESINOS

(1) Preferimos citar aquí en una nota de conjunto los libros a que aludimos en el texto de este ensayo:

Ed. Young, *The complaint or Night-Thoughts,* London, 1783, dos volúmenes; P. Van Tieghem, *Le préromantisme, Études d'histoire littéraire contemporaine,* II, Paris, Alcan, 1930; W. Thomas, *Le poète Edward Young,* Thèse, Paris, 1901; las *Cartas marruecas* se citan por la edición de Madrid, Calleja, 1917; las *Noches lúgubres,* por la de Valencia, Cabrerizo, 1817; los testimonios de Moratín y de la carta anónima citada en la pág. 54 pueden verse en el tomo LXI de la *Bibioteca de Autores Españoles,* de Rivadeneyra *(Poetas líricos del siglo XVIII,* I), pág. 247; el estudio a que se alude en la pág. 61 es el de L. Spitzer, *Die Literarisierung des Lebens in Lopes Dorotea,* Bonn, Röhrscheid, 1932; la discusión sobre si la *Dorotea* es obra de juventud o de vejez alude a afirmaciones de F. A. de Icaza, *Lope de Vega, sus amores y sus odios,* Madrid, 1925; los versos de Cadalso que se mencionan pueden verse en el tomo citado de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, páginas 248 y siguientes; los dedicados a la muerte de Filis figuran también en la edición de las *Noches* indicada arriba.

Constitución y enfermedad

(Revisión crítica.)

RESULTADOS DEL CRUZAMIENTO DE MARIPOSAS DE UNA RAZA FUERTE (JAPONESA) CON UNA RAZA DEBIL (EUROPEA)

P. Japonesa ♀ × ♂ Europeo.
F_1. ♀ y ♂ normales.
F_2. ♀ normales; ♂ { 50 por 100 normales. / 50 por 100 intersexuados.
F_3-Fn. { Siempre ♂ intersexuados según las mismas reglas. / Nunca ♀ intersexuadas.

P. Europea ♀ × ♂ Japonés.
F_1. ♂ normales; ♀ todas intersexuadas.
F_2. ♂ normales; ♀ { 50 por 100 normales. / 50 por 100 intersexuadas.
F_3-Fn. { ♂ nunca intersexuados. / ♀ intersexuadas según las reglas.

♀ = Hembras. ♂ = Machos.

El médico no es, en manera alguna, el médico de los seres vivos en general, ni aun el médico del género humano, sino el médico del individuo humano, y aun todavía mejor, el médico de un individuo en determinadas condiciciones que le son especiales.

CLAUDIO BERNARD

POR evidentes que hoy nos parezcan estos conceptos del gran biólogo Claudio Bernard, no deja de ser conveniente refrescar con ellos la mente de los médicos de esta generación, demasiado sugestionada todavía por la medicina del pasado siglo y particularmente por su era anatomopatológica-bacteriológica, que momentáneamente hizo olvidar, o por lo menos pasar a segundo término, las ideas clásicas y fundamentales sobre la influencia de la *constitución* y *del terreno orgánico* en las enfermedades. Sin embargo, son nada menos que hipocráticas, como sabemos, la significación y el abolengo de las relaciones entre la constitución de cada individuo y su tendencia o predisposición a padecer determi-

nadas enfermedades, esto es, a ser sujeto de una determinada patología.

Esta *patología constitucional* no es realmente una rama especial de la Patología; no exige métodos especiales de exploración clínica e investigación experimental (aunque otra cosa se haya pretendido), sino que, al contrario, usa todos los métodos de la Biología y de la Medicina clínica; no es, por tanto, una verdadera *especialidad,* sino una tendencia, una orientación, con la que pretendemos obtener en cada momento de la vida del individuo las características especiales y propias de su reacción al medio. Es, por tanto, la patología del individuo o la *patología de la personalidad,* como la ha denominado F. Kraus.

Para explicar la reacción del organismo durante el estado de enfermedad con arreglo al concepto de los principales constitucionalistas, así como para comprender la *variabilidad que manifiestan entre sí cada uno de los sujetos humanos* en todas sus reacciones al medio—y, por consiguiente, también en su aptitud para adquirir cualquier enfermedad—, debemos admitir el juego de dos factores distintos en su esencia. El primero de ellos estaría integrado por lo que, de acuerdo con la mayor parte de los autores, llamamos *constitución,* y sería el *factor consti-*

tucional, denominado *genotípico* por Johansen, o *idiotípico* por Siemens. El segundo factor sería el *factor condicional (paratípico* de Siemens, *somacional* de Plate y Toennissen, *constelacional* de Kahn, etcétera). El resultado de la actuación de ambos factores da lugar al llamado *fenotipo* de Johansen, o *constitución individual* en todas sus variedades de los antiguos clínicos alemanes.

La constitución de cada persona formaría la raíz esencial de su individualidad y sería el substratum de todos los caracteres morfológicos que determinan la pertenencia de un determinado ser a una especie, raza, familia, sexo y variedad determinada. Entendido así el concepto de constitución, nuestro objeto en Patología constitucional será el de ir estudiando el juego de las potencialidades contenidas en el *plasma germinal* ya fecundado; esto es, el funcionamiento de aquellos elementos hipotéticos (pero necesarios a la explicación de los fenómenos de la Genética) que existen en el cromosoma de las células germinales masculina y femenina, y que son denominados por los genetistas *genes, disposiciones hereditarias, idos, hormonas de la diferenciación,* etcétera. Este es justamente el objeto de la Genética: analizar el mecanismo por el que las asombrosas energías potenciales contenidas en las unidades

mendelianas, denominadas *genes,* producen el complicado sistema armónico de órganos y funciones que es el ser vivo; ver cómo estos cromosomas, que representan el genotipo o constitución del individuo, se combinan, mezclan y reaccionan bajo la influencia del medio, para dar lugar a la individualidad de cada persona. He aquí, por tanto, cómo la Patología constitucional viene a resultar *la Patología de los cromosomas.* Es más: este estudio de las enfermedades así orientado nos permite incluso descubrir y analizar el genotipo normal de los seres humanos, la constitución normal, en su sentido real.

Aunque sea un lugar común, conviene recordar que el enorme avance de la Medicina en los últimos cincuenta años, el progreso en la aplicación de las técnicas enderezadas a un mejor diagnóstico y un tratamiento más eficaz de las enfermedades (¡tan frecuentemente, sumamente complejas y de difícil adiestramiento!), justifican ciertamente la creación de las diversas *especialidades.* Pero esta especialización basada en la dificultad de adquirir dichas técnicas, no debe nunca llegar a ser una *sobreespecialización* autónoma, mecánica y cerrada, sino, por el contrario, una simple asistencia o ayuda a la Medicina bien entendida, esto es, a la Medicina constitucional. En virtud de ello, cada médico, cada

especialista debería tener siempre presente las maravillosas palabras de Platón que recuerda v. Bergmann en su interesantísima y reciente *Patología Funcional* (1932): *El mayor error de que adolece el tratamiento de las enfermedades se debe a que hay médicos que cuidan del cuerpo y médicos que cuidan del alma, cuando no pueden separarse uno de otra... Y como este hecho lo olvidan los médicos griegos, por esto se les escapan muchas enfermedades, pues nunca ven el conjunto del individuo.*

La sana orientación constitucional viene a salvar este olvido intentando explicar en su esencia los mecanismos que gobiernan las relaciones íntimas de todas las partes y de todas las funciones del individuo durante toda la evolución de su ciclo vital. Se vale para ello, como ya hemos dicho, de todas las adquisiciones de la Genética, de la Fisiología y de la Patología, y, como dice J. Bauer, *la Patología constitucional no viene a ser más que la Genética aplicada a la clínica, o mejor, el aspecto clínico de la Genética.*

Debemos desterrar de la mente de los médicos la creencia de que la Patología constitucional trata única y principalmente de la relación entre la forma corpórea—sus proporciones y medidas—con las reacciones del individuo en los diversos estados patoló-

gicos. Esta creencia ha llevado a buscar el mayor número posible de detalles morfológicos en cada individuo para conectarlos con sus características patológicas, cuando realmente esta clase de investigaciones representa sólo una parte muy pequeña de la Patología constitucional, y desde luego no la más importante. Por esto han fracasado todos los intentos de clasificar a los individuos por su *hábito* y de relacionar los distintos *hábitos* o *biotipos* con determinadas tendencias patológicas o con especiales enfermedades, tales como la úlcera gástrica, las alteraciones de la vesícula biliar, la anemia perniciosa, la tabes, la nefritis, el cáncer, la tuberculosis, etc. Actualmente sólo nos interesan dos tipos morfológicos generales entre los diversos *hábitos* o *tipos* propuestos por las diversas escuelas que se han ocupado de los estudios constitucionales. Estos tipos morfológicos son el *asténico* y el *pícnico* (Kretschmer), el *microsplácnico* y el *megalosplácnico* (Viola y la escuela italiana), o el *longitudinal* y el *lateral* de Stockard y la escuela norteamericana. En efecto, estos dos hábitos morfológicos muestran realmente diferencias en sus reacciones fisiológicas y patológicas, y se caracterizan hasta un cierto punto por padecer diferentes enfermedades físicas y psíquicas; por ejemplo, es diferente en

cada uno de ellos la frecuencia y rasgos evolutivos de la tuberculosis pulmonar, y son distintas la abundancia y curso de las enfermedades cardiovasculares, renales, nerviosas y mentales de estos dos hábitos corpóreos. De todos modos conviene insistir en que las características morfológicas de una persona son nada más que una parte de su individualidad, y por ello el estudio de las proporciones corpóreas y medidas somáticas no es más que una pequeña parte de la Patología constitucional.

Ya vimos que con arreglo a la orientación constitucional consideramos cada enfermo y cada enfermedad partiendo de la tesis de que, al proceder cada individuo de la fertilización de la célula germinal femenina (óvulo), todo organismo representa por este hecho una unidad psicofísica que comprende todas las funciones somáticas y psíquicas íntimamente relacionadas entre sí y sin estar ninguna separada de las demás. De ahí que el organismo no sea una simple suma de diferentes órganos y funciones que pueden ser separadamente aislados y tratados, sino un verdadero *syzigio,* en el sentido de Kraus (I), esto es, una verdadera amalgama de las cualidades existentes en el plasma germinal (y por tanto constitucionales) con las producidas por la reacción al medio (o sea caracteres condicionales).

Por ello podemos decir, de acuerdo con Ricardo Koch, que *lo condicional alcanza a los tiempos más remotos del ser, considerado como individualidad, y por ello no hay propiedad alguna que sea en sentido estricto exclusivamente condicional o paratípica, ni exclusivamente constitucional o genotípica*. De ahí la conocida frase de este mismo autor: *Toda realidad clínica es siempre condicional.*

El criterio que más comúnmente seguimos en la práctica para reconocer las peculiaridades constitucionales y diferenciarlas de las adquiridas o condicionales es el de su hereditariedad, a cuyo efecto recurrimos, antes que nada, al estudio del árbol genealógico familiar, lo más completo y extenso que nos sea posible. No basta analizar una o dos generaciones, pues las cualidades transmitidas a través del plasma germinal no siempre existen en los padres y aun en los abuelos, sino que pueden saltar varias generaciones, como les ocurre a las enfermedades hereditarias latentes o recesivas. De otra parte, es preciso saber que tanto estos caracteres hereditarios recesivos como los dominantes pueden variar y aun transformarse totalmente mediante el influjo de determinadas alteraciones procedentes del medio externo o el medio interno, y por ello no está justificada completamente en el momento actual la pri-

mitiva división sistemática de los caracteres hereditarios en dominantes y recesivos.

Pudiera ocurrir que los genes u hormonas de la diferenciación fueran de naturaleza enzimática, o sea que obraran como *fermentos* localizados en zonas bien determinadas de los cromosomas y que por ello fueran susceptibles a las mismas o parecidas influencias del medio a las que son sensibles los fermentos (concentración de hidrogeniones, relaciones entre los diversos elementos minerales, temperatura, etc.); pero, sea como sea, y luego hemos de verlo más de cerca, parece hoy seguro que los caracteres inherentes a los genes se transmiten comúnmente según leyes bastante precisas (leyes de Mendel y otras), cuyo estudio detenido nos llevaría demasiado lejos de nuestro objeto actual. A quien interesen estos estudios, y especialmente su aplicación al hombre, recomendaremos los trabajos fundamentales de Baur, Fischer, Lenz, Siemens, Davenport, Bateson, Goldschmidt, Castle, Newman, etcétera, y, sobre todo, los dos libros de Bauer, traducidos a nuestro idioma por la doctora Jimena F. de la Vega y por nosotros.

La pesquisa de la transmisión hereditaria de los caracteres constitucionales es más asequible cuando se trata de peculiaridades excepcionales, y por ello

más llamativas, tales como trastornos del metabolismo raros (pentosuria, alcaptonuria, porfirinuria, etcétera), diversas enfermedades nerviosas heredofamiliares, de las que tantos nuevos ejemplos ha dado recientemente Curtius (1931-33), o malformaciones y monstruosidades curiosas. En general, el estudio de las leyes de herencia en el hombre exige el empleo del método estadístico amplio, a base de abundante casuística, que permita eliminar la influencia del azar. Para ello se usan las correcciones propuestas por Weinberg (pruebas de los probandos y de los hermanos) y por Bauer y Aschner con los métodos de la compensación y de la exclusión (la exposición y uso de estos métodos se encontrará en el libro de J. Bauer, *Herencia y Constitución,* 1930).

En ocasiones excepcionales se ha podido recurrir al *cruce de razas,* como en los ejemplos de E. Fischer, Shapiro, etc., en los que se estudió respectivamente el cruce entre boers y hotentotes y entre los pueblos de Norfolk y Pitcairn, viéndose que suministra una buena oportunidad para diferenciar las cualidades constitucionales o heredadas de las condicionales o adquiridas; se ha visto de este modo seguir la *segregación mendeliana* de ciertos caracteres somáticos, como el color de los ojos, el del pelo, etc.; otras buenas oportunidades vienen

del estudio de la *Biología hereditaria de los gemelos univitelinos* (o sea de los gemelos procedentes de un mismo huevo) y del análisis detenido de la descendencia de los *matrimonios entre consanguíneos.* Recordaremos a ambos respectos las investigaciones de J. Bauer (1924-25), Weitz (1924-25), las de von Verschuer (1927) y Curtius (1931), que permitieron demostrar claramente la naturaleza constitucional del bocio, caries dentaria, úlcera gástrica, colelitiasis, otitis media, aquilia, anemia perniciosa y otros muchos padecimientos cuya etiología endógena no habría podido ser averiguada o afirmada de otro modo. Son curiosas igualmente las extensas y cuidadosas investigaciones de J. Lange (1929), quien, siguiendo la vida de muchos criminales y degenerados que habían sido gemelos univitelinos, observó que las características de la criminalidad en estos sujetos dependían mucho más de factores constitucionales que de la influencia condicional del medio. De todos modos, una de las mejores oportunidades al estudio de la Patología constitucional la brinda el análisis de algunos procesos endocrinos y metabólicos, particularmente el de la herencia sexual o *herencia ginéfora.*

Herencia ligada al sexo.—Evidentemente muchas enfermedades aparecen en manifiesta conexión

con el sexo; por ejemplo, la hemofilia, el daltonismo (ceguera para el rojo y el verde), la atrofia hereditaria del nervio óptico, el albinismo con nistagmus, etc. Todos estos procesos se caracterizan por seguir con mayor o menor fidelidad una regla (ley de Horner-Nassen). Esta ley, que se ha comprobado repetidamente en la hemofilia (siquiera de los 273 árboles genealógicos de hemofílicos publicados en la última centuria, sólo en 44 han podido ser comprobados auténticamente por Bulloch y Fildes los requisitos de dicha ley), sabemos que exige la aparición de la enfermedad solamente en los varones, así como su transmisión por las hembras y no por los padres a los hijos (ved en contra Siemens, quien ha publicado el caso de una mujer hemofílica que tenía un hijo hemofílico y procedía de un padre igualmente hemofílico). Aunque difícil de explicar, la falta de hemofilia en las mujeres ha dado lugar a muy interesantes hipótesis, entre ellas la de K. H. Bauer, según la que *las mujeres para ser hemofílicas necesitan ser portadoras de un factor hemofílico homozigótico, y estos seres homozigóticos mueren antes de desarrollarse, como sabemos por la Genética, pues en este caso tiene acción letal.*

Herencia del sexo. — Sin embargo, el mecanismo de transmisión de la herencia del sexo es sumamen-

te complejo y abarca otros muchos fenómenos; por tanto, no se limita a las enfermedades que ya hemos enumerado. Ello se comprende fácilmente si aceptamos, como lo quieren los más preclaros biólogos (Morgan, Goldschmidt, etc.), que el sexo es un carácter hereditario no limitado a los órganos sexuales, sino que, como se ha demostrado hace ya veinte años, ninguno de los dos sexos puede establecerse de modo puramente homozigótico; bien por el contrario, todo individuo tendría los caracteres de entrambos sexos, de los que uno sería recesivo y estaría completamente dominado por el otro, aunque tal vez podría revelarse en circunstancias especialmente favorables. De aquí que *intersexuado sería todo individuo que comienza su diferenciación con un sexo genotípico y la termina con el opuesto*.

Si la sexualidad no reside sólo en las glándulas genitales ni se puede circunscribir tampoco a los otros caracteres somáticos aparentes que son diferenciales para cada sexo, entonces, con arreglo a los más modernos conceptos, *la denominación de carácter sexual secundario, que antes se daba sólo a unos pocos caracteres accesorios, se debería extender a todas las diferencias morfológicas, funcionales y psíquicas derivadas de la sexualidad, la cual se di-*

funde a todo el organismo desde el momento de la fecundación.

Para expresar la idea de Goldschmidt de que la sexualidad está fundida a la herencia, emplearemos sus propios términos: *La diferenciación sexual es determinada por una relación cuantitativa o equilibrio apropiado de los dos genes determinantes, femenino y masculino (o sea F y M), cuya relación decide la alternativa de la diferenciación sexual a favor de un sexo u otro.* Las dos clases de equilibrio normal femenino o masculino, o sea el equilibrio en la dirección F o M, respectivamente, son realizadas por el mecanismo de los *cromosomas X,* según el que *se dobla o no la cantidad de uno de los genes, quedando el otro constante.* Los genes F y M ejercen su influencia específica produciendo o catalizando reacciones cuya velocidad es proporcional a la cantidad de substancia de estos genes (Riddle, Goldschmidt, etc.).

La posibilidad de influenciar por mecanismos muy variados las reacciones que intervienen en la determinación del sexo—posibilidad de antiguo conocida (ved J. Loeb)—ha dado lugar a multitud de teorías sobre el origen del sexo: teorías metabólicas (Joyet-Lavergne, Riddle, etc.), teorías hormonales (Steinach, Lipschütz, etc.) y teorías generales. No

es preciso elegir entre estos diferentes intentos de explicación, según cree Goldschmidt, puesto que *no hay más que una sola guía para el razonamiento con la que los diferentes aspectos del problema encuentran su propio lugar*. En efecto, sabemos que una u otra de las reacciones determina desde la fecundación la diferenciación sexual y fuerza a las células genitales primordiales a producir una determinada estirpe de células genitales masculinas o femeninas. Esta relación entre las reacciones F y M y la morfogénesis sexual no es probablemente de naturaleza misteriosa, sino que más bien la podemos suponer de orden fisiológico, es decir, físico-químico.

Supongamos ahora que la alternativa hacia una u otra morfogénesis sexual se resolviera por un simple estado químico; por ejemplo, que un medio de pH más elevado llevara a la célula germinal en el sentido masculino, y que un medio de pH menos elevado, esto es, más ácido, produjera el organismo femenino. Demos así por probado que la diferenciación sexual resultara de una simple causa química o metabólica, ¿se opondría esta solución metabólica a la solución genética del problema? Desde luego que no. La base genética quedaría aunque hubiéramos adelantado algo al expresar por una fór-

mula química concreta lo que hasta ahora sólo podemos expresar vagamente con el nombre de reacción F o de reacción M. Pero vayamos un poco más lejos y supongamos que, habiendo descubierto los impulsos químicos iniciadores de la sexualidad, pudiéramos dirigir a voluntad la diferenciación sexual: ¿habríamos demostrado por este hecho que la causa normal del determinismo del sexo era de orden metabólico y no genético? No lo creemos de ninguna manera. Habríamos llegado simplemente a atacar directamente la reacción que en condiciones normales es simplemente de índole genética; habríamos alterado con métodos especiales un estado químico cuya modificación no tiene lugar en condiciones naturales más que en presencia de una diferente constitución de los genes. En definitiva, aunque un estudio profundo de las reacciones químicas con que los genes determinan la diferenciación citosexual pueda hacer avanzar considerablemente el análisis del sexo, nunca llegará a tocar el punto esencial de la determinación genética de éste, que sigue siendo el fundamento de su estudio metabólico.

En los vertebrados y en el hombre podemos distinguir tres tipos sucesivos de substancias morfogénicas activas en la diferenciación sexual (Goldsch-

midt): 1.°, substancias u hormonas primarias producidas por la acción de los genes F y M; 2.°, substancias u hormonas secundarias producidas por la secreción de las regiones cortical y medular de las gonadas primarias, y 3.°, substancias u hormonas sexuales propiamente dichas producidas por los órganos sexuales mismos o gonadas.

Parece fuera de duda que las hormonas sexuales propiamente dichas no tienen acción alguna en el hombre sobre los fenómenos esenciales de la diferenciación sexual y que no influyen más que sobre los llamados *caracteres cíclicos* del sexo correspondiente, así como sobre las características de la pubertad, esto es, su acción se limita a las últimas diferenciaciones de la morfología y fisiología sexual. Por lo que respecta a las hormonas sexuales primarias y secundarias, conviene adelantar que su influencia en el desarrollo sexual de los mamíferos y del hombre ha sido aclarada por el *análisis de los fenómenos de intersexualidad experimentales y clínicos (hermafroditismo, pseudohermafroditismo).* Particularmente el fenómeno de la intersexualidad zigótica o intersexualidad genética típica ha aclarado la cuestión y permitido saber cómo se hace posible una diferenciación sexual en sentido masculino o femenino. Se ha demostrado que por medios pu-

ramente genéticos, o sea mediante combinaciones experimentales de los genes, se puede obtener a voluntad una transformación total o parcial de cada uno de los sexos. Así, desde 1911 Goldschmidt y colaboradores: Witschi, Burns, Humphrey, Morgan, etcétera, han obtenido la inversión zigótica del sexo en diversas especies (mariposas, ranas, etc.). Son particularmente interesantes los experimentos de Goldschmidt con una variedad de mariposas denominada *Lymantria dispar,* en los que la combinación experimental de los genes se hacía mediante cruces de una hembra de raza japonesa con un macho de raza europea, o recíprocamente. Todos los hijos obtenidos eran normales en este último caso, pero todas las hijas intersexuadas en un cierto grado; la segunda generación de las hembras en la combinación primera daba una mitad de hembras intersexuadas y una mitad de machos normales, y tales hembras volvían a dar hijos normales, mientras que ellas se dividían por segregación en normales e intersexuadas. Como se ve, la raza japonesa en esta experiencia tiene genes sexuales femeninos fijos y potentes que modifican la capacidad determinadora del sexo de los genes masculinos de la raza europea. Por ello, desde el punto de vista del sexo, habría *razas fuertes* y *razas débiles.* (Ved cuadro: pág. 70.)

De estos resultados se deduce que la intersexualidad femenina se produce por el cruzamiento de una hembra débil con un macho fuerte, y la intersexualidad masculina por el cruzamiento de una hembra fuerte con un macho débil; por tanto, es preciso admitir que cada individuo (macho o hembra) tiene que contener en germen los elementos genéticos necesarios para la producción de los dos sexos, ya que cada sexo puede adquirir los caracteres sexuales primarios y secundarios del otro, sin cambio en su aparato cromosómico. Pero además hay que notar que la acción determinadora del sexo con el mecanismo 1X o 2X puede ser invertida o paralizada por la producción a voluntad de un cruzamiento definido, de lo que se sigue que el tipo sexual depende de dos cosas (esto es, de dos genes mendelianos, puesto que son segregables), genes que pueden ser combinados a voluntad de diferentes maneras, dando cada combinación un resultado distinto. En virtud de muchos otros experimentos se ha determinado la existencia de diferentes razas fuertes y de diferentes razas débiles, cuyas múltiples posibilidades de cruzamiento han dado resultados fijos y constantes en cada forma de éstos.

Otros muchos datos experimentales y clínicos, perfectamente concordantes, han demostrado de

una manera definitiva que *la determinación genotípica del sexo es debida, según hemos dicho repetidamente, a la realización de un equilibrio definido en los genes sexuales masculino y femenino, situados unos en los cromosomas X e Y, y los otros contenidos en los autosomas.* Estos genes serían los catalizadores de reacciones encadenadas, reacciones cuya velocidad es proporcional a la cantidad de estos genes regulada por el mecanismo 1X-2X. Los productos de estas reacciones son las substancias morfogénicas primarias que determinan el sentido de la diferenciación sexual.

Fuera de las substancias morfogénicas primarias elaboradas por los genes sexuales, Goldschmidt ha descubierto la existencia de substancias embrionarias en las glándulas propiamente dichas, y de las cuales son feminizantes las de su región cortical y masculinizantes las de su zona medular.

La verdadera característica de la intersexualidad genética (zigótica) típica es que el estado intersexual sería determinado en el momento de la fecundación, y, por lo tanto, sería genuinamente constitucional y hereditario; pero, además, la intersexualidad genética se caracteriza por la formación de una glándula sexual mixta de elementos masculinos y femeninos, que se denomina *ovotestis.* La verda-

dera intersexualidad zigótica humana es femenina; pero como puede variar el momento en que la desviación de la sexualidad alcanza a la glándula genital (momento del viraje), predominarán en dicho *ovotestis* el elemento masculino o el femenino. Aunque se han descrito muchos casos de pseudohermafroditismo masculino parcial o unilateral en el hombre (Giard, Levi, Schmidt, Falta, Bauer, Lipschütz, y entre nosotros Marañón, Muñoyerro, Alberdi, etcétera), no parece cierto que en el momento actual exista en la literatura un solo caso de verdadera intersexualidad genética o completa masculina en la especie humana.

Intersexualidad parcialmente genética. — Puesto que el hombre y otros muchos vertebrados difieren de las especies inferiores en que las gonadas y otras glándulas endocrinas (sistema genital) influencian muy marcadamente las características sexuales secundarias, no debemos extrañar que por intermedio de diversas anomalías de éstas se produzcan frecuentemente casos de intersexualidad sólo parcialmente zigótica (ginecomastia, hipospadias, homosexualidad, virilismo suprarrenal, etc.). Estos casos tienen, sin embargo, gran interés desde el punto de vista de la teoría general de la sexualidad e incluso desde el punto de vista de la práctica clínica. Algu-

nos de ellos, como los casos de *virilismo suprarrenal* consecutivos a tumores de la corteza de las glándulas suprarrenales, demuestran la posibilidad de que la hipersecreción de hormonas corticales originadas en la neoplasia pueda provocar la preponderancia del sexo constitucionalmente suprimido. Ya J. Bauer viene sosteniendo desde hace seis años que la hormona genital de la corteza adrenal era inhibidora de la función sexual normal, y lo mismo se ha comprobado para algunas hormonas de la antehipófisis (Evans, Zondek, Smith). De todos modos, tanto estos casos como los de *ginecomastia* y otras formas de pseudohermafroditismo, lo que demuestran es la cooperación íntima de los factores hormonales y cromosómicos en la producción de aquellas enfermedades, así como la dependencia constitucional de los trastornos endocrinos, somáticos y psíquicos.

Por último, tanto la diferenciación sexual somática como la psíquica son determinadas por la estructura de los cromosomas y por la presencia de uno o dos cromosomas X en el óvulo fertilizado. Todas estas observaciones, aunque hayan orientado la patogenia de muchos procesos, han dado todavía pocos resultados prácticos en el tratamiento de las enfermedades que originan las desviaciones de la

sexualidad, si bien ya han permitido, sin embargo, a Birth (1931) aplicar con algún éxito, siquiera sea parcial, la terapéutica con hormona sexual femenina al tratamiento de la hemofilia. De otra parte, en varios casos de intersexualidad parcial no genética debidos al crecimiento de tumores en la corteza suprarrenal (arrhenoblastomas de R. Meyer), en el ovario, o en la hipófisis (Cushing), la extirpación quirúrgica o el tratamiento radioterápico han permitido obtener buenos resultados terapéuticos. Ello quita importancia, como es lógico, al factor metabólico en el determinismo de la sexualidad.

Aparte estos casos de intersexualidad parcial, encontrará el lector en la *Patología constitucional* de Bauer un gran número de ejemplos de enfermedades constitucionales, por tanto heredables, de cada una de las glándulas endocrinas, en los que la única interpretación patogénica lógica tiene que hacerse a base de la patología de los cromosomas. Citaremos, entre otros ejemplos, la existencia no rara de enanismo pituitario constitucional que aparece comúnmente en varias generaciones de una familia, transmitiéndose como un carácter mendeliano recesivo. Igualmente se han publicado ejemplos de enanismo pituitario en ratones, que se transmitían siguiendo las leyes mendelianas, y cuyo origen hipo-

fisario se hacía evidente por el efecto terapéutico del extracto del lóbulo anterior, con el que se obtenía un crecimiento casi normal de los ratoncillos (P. E. Smith, 1930-31). Estos resultados de Smith parecen abrir halagüeñas perspectivas a la terapéutica endocrina de síndromes análogos, sobre todo si recordamos que en estos últimos cinco años se han hecho grandes avances en la preparación y purificación de las diversas hormonas, así como en la técnica de los injertos.

Lo más frecuente, sin embargo, es que en la práctica *las anomalías constitucionales de las glándulas endocrinas* sean mucho menos pronunciadas y que sólo exista una *inferioridad biológica constitucional* de alguna o algunas de ellas *(Estigmatización endocrina* de J. Bauer). Semejante debilidad constitucional de las glándulas endocrinas suele tener también carácter recesivo y, por tanto, quedar latentes en muchos miembros de una misma familia, manifestándose únicamente cuando los factores condicionales creados por el medio adquieren suficiente intensidad. Así, el estado de recesividad o latencia se hará aparente sólo cuando determinados factores exógenos adquieran gran intensidad, como ocurre, por ejemplo, en las regiones palúdicas, bociógenas, etc. Pero en estos casos el factor

condicional o exógeno adquiere tal intensidad que hasta pueden aparecer aquellas anomalías o enfermedades constitucionales con *carácter dominante.* Tales fenómenos de *latencia* tienen extraordinario interés y se han podido estudiar experimentalmente en plantas, bacterias y animales, e incluso en algunos casos en el hombre (ved, por ejemplo, Plate, Siemens, Lenz, Curtius, etc.). Interesan especialmente desde el punto de vista de la aparición de nuevas enfermedades hereditarias y del *diagnóstico de los portadores latentes.* El estudio de estos sujetos que transmiten diversas enfermedades constitucionales sin padecerlas ellos mismos, ha sido ya intentado por muchos autores. Recordemos, por ejemplo, que Traum y colaboradores (1931) han observado que en los portadores de la hemofilia ya está algo prolongado generalmente el tiempo de coagulación. Sin embargo, estos estudios de gran trascendencia práctica no han arrojado todavía resultados utilizables, ni mucho menos cumplido las esperanzas que hace algunos años se puso en ellos (1). Si se pudiera hacer el diagnóstico de los portadores de enfermedades que se transmiten con carácter recesivo se llegaría a prevenir la transmisión de las mismas evitando la unión de estos sujetos con otros portadores latentes, y desde luego con

los consanguíneos o con los descendientes de sujetos afectos de la misma enfermedad.

Para conseguir este ideal es necesario que comencemos por reconocer la frecuencia con que aparece la debilidad constitucional de las glándulas endocrinas, desde luego mucho mayor de la que hoy se le atribuye comúnmente. Buena prueba de ello nos suministran los casos de *obesidad constitucional*. En efecto, la mayor parte de éstos sólo pueden ser comprendidos suponiendo que resultan de la actividad de un gene anormal que obliga a los tejidos a almacenar grasa como consecuencia de alguna anomalía en el metabolismo (2). Las anomalías del metabolismo de ciertos tejidos (metabolismo intermedio) existentes en la obesidad han sido estudiadas por v. Bergmann y su escuela y por la de Bauer. Estos estudios han demostrado que los obesos tienen una tendencia anormal a transformar las féculas y demás hidrocarbonados de la alimentación en grasa, y a almacenarlos como tejido graso en lugar de conservarlos como glucógeno en el hígado o en los músculos. Pero además se ha visto que este tejido graso de los obesos es menos fácilmente movilizado y gastado en caso de necesidad que en los individuos normales, y que no sólo la cantidad total de grasa del organismo, sino el modo en que es distribuída

sobre la superficie del cuerpo, es determinado por una especial disposición *(anlagen)* dependiente del plasma germinal. Estas *disposiciones* o *anlages* gobiernan y regulan no sólo el tejido graso y las glándulas endocrinas, sino algunos *centros nerviosos vegetativos* para conectarlos todos ellos en la obra común de regular el metabolismo hidrocarbonado graso. Consiguientemente, aunque no sea incorrecto decir que la obesidad es un síndrome endocrino pluriglandular, es desde luego una verdad parcial, pues las glándulas endocrinas son influenciadas indudablemente por el gene o genes que producen la obesidad (frecuencia grande en los obesos de signos de disfunción o hipofunción tiroidea, genital, etc.), pero ellas son nada más que uno de los medios utilizados por estos genes para producir la manifestación fenotípica del síndrome obesidad. Ellas son simplemente intermediarios entre la *disposición* o *anlage* constitucional y su realización fenotípica.

Este ejemplo de la obesidad nos explica por qué el sistema endocrino presenta tan frecuentemente signos de inferioridad biológica en este síndrome y en otros. Recordemos por ejemplo la enfermedad de Lawrence-Moon-Bardet-Biedl, en la que el hipogenitalismo y la obesidad se combinan con anomalías constitucionales tan típicas y variadas como la

retinitis pigmentaria y la polidactilia o sindactilia u otras, produciendo un síndrome que constituye un ejemplo de lo que los genetistas llaman *linkage* o *enlazamiento de las manifestaciones de varios genes residentes en un mismo cromosoma.* En efecto, con ninguna otra interpretación se podría explicar la combinación peculiar de síntomas y signos que da lugar al síndrome de que tratamos.

Muchos otros síndromes en los que figura la debilidad constitucional de las glándulas endocrinas (y algunos aun sin trastornos de éstas) sirven para dilucidar los distintos mecanismos, por los que gracias a la patología constitucional se llega a ver cómo se pueden establecer diferentes relaciones genotípicas entre muchos órganos y funciones. Recordaremos entre otros como muy demostrativos los publicados por nosotros en 1930, en los que se apreciaba claramente la distribución familiar más o menos completa en ocho miembros de dos generaciones de un síndrome, cuyo estudio no hemos terminado, caracterizado, por aumento de volumen o cirrosis del hígado con ictericia o colemia, y aumento de volumen del bazo junto con gigantismo hipofisario y otros síntomas de genitales, hipófisis y centros nerviosos (poliuria del tipo de la diabetes insípida, neurosis, insomnios), y también los casos muy inte-

resantes descritos recientemente por van Leeuwen (1933), en los que un adelgazamiento del tipo de la lipodistrofia facial con sordera (otoesclerosis) y deficiencia mental se combinaba variadamente en diversos miembros de una familia con múltiples anomalías congénitas de los huesos, incluso con falta de talla.

El estudio de estos casos demuestra que ni la otoesclerosis en el síndrome de van Leeuwen o en el caracterizado por sordera con fragilidad ósea y escleróticas azules (casos descritos por Aschner y Friedberg, 1931), ni la colemia o ictericia en los casos nuestros, se deben atribuir exclusivamente a la debilidad constitucional del mesénquima en conjunto o de su sector o hepatoesplénico (C. H. Bauer), pues en uno y otro ejemplo las anomalías mesenquimales aparecen asociadas con anomalías ectodérmicas, y, por consiguiente, lo que realmente encontramos en estos casos es el acoplamiento de genes patológicos relacionados entre sí por su transmisión germinal común.

Nos podríamos inclinar a atribuir estos cuadros al *alelomorfismo múltiple* de los genetistas si considerásemos que la inferioridad biológica del esqueleto – asociada con otoesclerosis en el ejemplo del médico holandés, o la inferioridad del mesénquima

hepático, asociada con anomalías nerviosas o endocrinas en nuestro ejemplo–, se asociaba con diversos signos nerviosos o endocrinos en cada uno de los casos, puesto que en el alelomorfismo múltiple la anomalía que resulta de la alteración de los genes puede afectar diversos tejidos y con ello tomar aspectos variados. Pero, sea como sea, estos ejemplos nos demuestran que la inferioridad biológica de los órganos o los tejidos puede transmitirse en ciertas familias bajo muy diferentes aspectos, a pesar de ser producida por idéntica alteración de un mismo gene, hecho que actualmente no lo tomamos en cuenta suficientemente.

Estado degenerativo.–Por último, en otros ejemplos la debilidad constitucional de las glándulas endocrinas o la debilidad constitucional de otros tejidos se combinan de modo muy caprichoso con otras anomalías constitucionales, produciendo lo que Bauer llama el *estado degenerativo*. Los individuos afectos de estado degenerativo marcado se pueden reconocer a primera vista por su hábito peculiar inarmónico desproporcionado o disforme, pero en sus grados más atenuados no presentan anomalías morfológicas externas tan relevantes y, por lo tanto, no son tan fácilmente diagnosticables. En estos casos la alteración hormonal no es la causa de los signos pa-

tológicos, en particular de las alteraciones sensoriales, cutáneas, nerviosas, etc., sino que todas ellas son el resultado de la alteración general de los cromosomas, esto es, todas son de naturaleza constitucional, y la posible estigmatización endocrina en estos casos es solamente un aspecto de la estigmatización degenerativa general propia del *estado degenerativo*. Por esto en todos estos casos es de gran importancia comprender su génesis constitucional para evitar diagnósticos erróneos y no desacreditar la endocrinología con tratamientos inútiles.

Las variantes posibles del estado degenerativo son infinitas, y aunque muchos de sus estigmas son completamente inocuos y ni siquiera afectan al bienestar de sus portadores, su acúmulo indica una inferioridad biológica constitucional de gran importancia en la práctica médica. Realmente la estigmatización endocrina no es más que un aspecto de la estigmatización general, o sea del estado degenerativo, y su combinación con cambios constitucionales en la reactividad de los tejidos da lugar a los más variados cuadros clínicos.

Entre sus mil aspectos posibles recordaremos uno de ellos de gran frecuencia en España, según nuestra experiencia. En efecto, desde 1924 hemos apreciado en varios centenares de casos la transmi-

sión hereditaria de uno o varios de los signos posibles de la llamada *constitución hipoparatiroidea,* cuya conexión con el estado irritable de Borchardt entabla actualmente muchos problemas. Los principales signos de esta constitución están integrados, como se sabe, por la hiperexcitabilidad de nervios y músculos, con síndromes viscerales diversos, así como por ciertas deficiencias en el recambio del calcio y del fósforo. Ahora bien: los trastornos del recambio del calcio que encontramos más comúnmente en estos pacientes no se caracterizan, según creen muchos autores, por la aparición de hipocalcemia, sino por la existencia de una *disionia* reflejable en la sangre o en los tejidos, que suele afectar a la relación $\frac{Ca}{P.}$ Aunque los motivos a que obedece esta disionia responden probablemente a una tendencia, no siempre constitucional, a producirse un balance de calcio negativo, en muchos de tales pacientes *nerviosos,* la negatividad del balance corresponde probablemente a la pobreza del calcio en la dieta. En efecto, las dietas deficientes en calcio son muy frecuentes en nuestro país (la dieta de un adulto normal debe contener un gramo de calcio por día, y la mayor parte de los regímenes alimenticios de las comarcas españolas arrojan cifras inferiores a un gramo), *y por ello tal deficiencia puede*

ser simplemente el factor condicional que da lugar a la exteriorización clínica de una debilidad constitucional de las glándulas paratiroides.

Ahora bien, dada la gran complejidad del metabolismo mineral y teniendo presente que en su regulación intervienen seguramente muchos factores de los cuales todavía desconocemos muchos aunque ya sepamos de bastantes de ellos, tenemos motivos para sospechar que la excitabilidad de nervios y músculos (rasgo esencial de la constitución hipoparatiroidea) está influenciada por otros muchos elementos no dependientes del metabolismo mineral o de la composición iónica de los plasmas que complican la interpretación de los hechos antes enunciados. Recordemos por ejemplo la influencia recíproca de tiroides, hipófisis y genitales sobre el metabolismo del calcio y el funcionamiento de las paratiroides; la dependencia en el efecto de la hormona paratiroidea (parathormona) de la cantidad de vitamina D existente en los alimentos y almacenada en los tejidos, y la influencia de otros componentes de la dieta (albúminas, magnesio, fósforo, etc.), no sólo sobre la actividad de las glándulas endocrinas y sobre el metabolismo del calcio, sino sobre el desarrollo y creación de los dos tipos biológicos (ancho y estrecho) hoy aceptados (Katase, 1931). Aparte de

esto, es sabido que algunos procesos patológicos, tales como las enfermedades intestinales de origen bacteriano, las alteraciones de la secreción biliar, los embarazos y lactancias repetidos, etc., pueden bastar por sí solos para alterar el metabolismo del calcio y con ello poner de manifiesto la debilidad constitucional de las paratiroides o de ciertos tejidos.

En estos casos de debilidad constitucional endocrina monoglandular, así como en otros en los que el cuadro clínico con que se manifiestan suele ser oligosintomático, y aun monosintomático, la aparición de los síntomas puede depender, más que de la desviación funcional endocrina, de la variación constitucional en la reactividad de los órganos o tejidos que manifiestan los síntomas *(órganos efectores)* dependientes del efecto de la hormona u hormonas. Por ejemplo, los casos publicados por nosotros hace doce años de estreñimiento hipotiroideo y los de hipotiroidismo incipiente con anemia (1931-32) pueden ser mejor comprendidos, suponiendo que el intestino o los órganos formadores de sangre tienen una susceptibilidad anormal (constitucional, aunque a veces pueda ser también condicional), al efecto de la hormona u hormonas en cuestión; dicho de otro modo, el órgano o sistema que manifiesta los sínto-

mas parece necesitar en tales casos una cantidad de aquella hormona diferente de la normal y distinta de la de los restantes órganos y tejidos del organismo. Creemos que tal requerimiento anormal de uno o varios tejidos para una hormona especial, o tal alteración del dintel requerido para el efecto de la hormona es una posibilidad igualmente lógica como la de la proporcionalidad o armonía normales de cada parte del organismo en lo que respecta a su requerimiento hormonal. Esta hipótesis de J. Bauer tiene seguramente una aplicación a la interpretación de los síntomas mucho mayor de la que hasta ahora se le ha dado (Marañón la emplea, por ejemplo, para explicar la aparición localizada de ciertos signos en algunos casos de intersexualidad parcial), y el maestro vienés, que hace amplio uso de ella, la denomina *Inarmonía hormonal.*

Todos estos hechos y todas estas ideas nos permiten suponer que los síntomas nerviosos de hiperexcitabilidad orgánico-psíquica (espasmofilia, ¡tan frecuentes en España!), deben de depender, a lo menos en algunos casos, más que de la debilidad constitucional de las glándulas paratiroides, de la sensibilidad de nervios, músculos y otros tejidos a la hormona paratiroidea, y también del requerimiento de calcio, fósforo y vitamina D en cada organismo. Se-

mejantes deducciones tienen particular interés en lo que afecta al funcionamiento de centros y vías vegetativas, esto es, al equilibrio nervioso, tono-vegetativo, etc., pues sabemos que los fisiólogos han demostrado que la actividad de los nervios puede producir a su vez hormonas y otros mensajeros químicos (Löwi, Cannon, etc.) y que los centros nerviosos acumulan hormonas y otras substancias (Zondek, Eissler, etc.), lo que permite suponer su gran importancia en la correlación de muchas funciones vitales generadoras de la personalidad.

Vemos, por tanto, que ni la constitución neuropática, ni el estado irritable, ni las diátesis propugnadas por los antiguos autores son conceptos que abarcan por completo los diversos aspectos de la personalidad y que sólo podrán ser completados por los avances de la Genética. De otra parte, las diferencias de los tejidos en su reactividad constitucional a las substancias del medio interno o ingresadas del exterior nos podrán permitir comprender el mecanismo de las alergias o intolerancias localizadas a los diversos tejidos. En los casos de alergia digestiva nosotros hemos demostrado cuán variables pueden ser las alteraciones constitucionales de esta reactividad del aparato digestivo y de otros tejidos, y ello permite comprender la diversidad de

los cuadros clínicos con que se manifiestan las alergias digestivas.

Podríamos extender con nuevos ejemplos las aplicaciones de la genética a la clínica, pero esto nos obligaría a extendernos demasiado y sería incluso innecesario, pues con lo expuesto basta para ver cómo la práctica médica debe ser guiada con los principios de la patología constitucional. De otra parte, preciso es reconocer que necesitamos nuevos hechos y nuevas ideas para fundamentar las bases físicas de la personalidad, que tantos misterios encierra. En ella se han de apoyar los progresos de la patología constitucional, que cada día nos abre nuevos horizontes y nos pone más de manifiesto que si, como siempre se ha dicho, *nunca se acaba de conocer a un individuo sano, menos podremos decir que hayamos terminado de ver a un enfermo.*

EUSEBIO OLIVER

NOTAS

(1) La aplicación a este diagnóstico del estudio de los llamados *grupos sanguíneos* (Hirszfeld, K. H.; Bauer, etc.), que parecía tan prometedora, ha fracasado desgraciadamente.

(2) Los estudios más recientes no han permitido encontrar en la obesidad signos clínicos ni anatómicos de las glándulas endocrinas en la mayor parte de los casos de obesidad.

ALGUNOS TÉRMINOS EMPLEADOS CORRIENTEMENTE EN GENÉTICA

Gameto.—Célula germinal que para la reproducción se une con otra célula del sexo opuesto, con la que forma un nuevo individuo. En los animales superiores los gametos son de dos clases: óvulos y espermatozoides.

Ovulo.—Es el gameto de tamaño mayor producido por la hembra.

Espermatozoide.—Gameto masculino comúnmente dotado de movilidad.

Zigote.—Resulta de la unión de dos gametos y es potencialmente el nuevo individuo producido por el proceso sexual.

Homozigótico.—Resulta de la unión de gametos que transmiten el mismo carácter mendeliano (color de los ojos, de la piel, del pelo, etc.).

Heterozigótico.—Es el individuo que resulta de la unión de dos gametos que transmiten caracteres mendelianos alternantes, como por ejemplo, blanco unido con negro.

Caracteres mendelianos.—Se aprecian en parejas contrastadas, en las que cada gameto transmite uno de los caracteres. Por esto los gametos mendelianos transmiten sólo caracteres simples, y en cambio, los zigotes, dobles. El mismo zigote puede ser homozigótico respecto a un carácter (por ejemplo, color del pelo), y heterozigótico respecto a otro (por ejemplo, longitud del pelo).

Genes.—Los caracteres que siguen las leyes de la herencia son heredados como unidades independientes, llamados a menudo caracteres unitarios. Se ha demostrado en numerosos casos que un factor independiente que en su transmisión sigue las leyes de Men-

del, puede afectar o condicionar la herencia de uno de aquellos caracteres unitarios sin producir ningún otro efecto. Así, por ejemplo, en algunas liebres género Agutí el carácter de su pelaje no es desarrollado, a menos que, junto con los otros factores genéticos que producen su color negro o pardo, esté presente un factor o gene particular que le da el color amarillento a estas liebres. Aunque no tenemos otra prueba de la existencia de este factor, se ha podido demostrar con toda evidencia que la herencia de este factor es la de un carácter mendeliano independiente, y necesita, por tanto, un factor hipotético que se denomina gene.

Generaciones paternas y filiales.—A menudo en las generaciones sucesivas es muy diferente la manifestación de los caracteres mendelianos, por cuya razón es necesario una designación conveniente de cada generación. La generación a partir de la cual necesita hacerse el reconocimiento de un determinado carácter es aquella en que aparece una *hibridización;* ésta será la generación paterna o generación P. Las generaciones subsiguientes se llaman generaciones filiales, F., y su orden numérico se indica con letras o números: F_1, F_2, etc. Cuando se cruzan razas puras, la primera generación filial *(*F_1 o Fa*)* es ordinariamente tan uniforme en sus caracteres como las razas paternas. Cualquier falta de uniformidad en F_1 se debe tomar como prueba de que una u otra de las razas paternas es impura o heterozigótica en lo que respecta a uno o más caracteres. En este caso será en F_2 cuando se formarán nuevas combinaciones con los caracteres de las razas paternas. Las proporciones numéricas obtenidas con aquel carácter serán la indicación de los factores mendelizantes que dis-

tinguen a las razas paternas y si su naturaleza es dominante o recesiva.

Alelomorfos.—Se conocen como alelomorfos o formas alternantes a las parejas contrastadas portadoras de caracteres mendelianos; por ejemplo, entre los conejillos de Indias, los pelajes coloreados y albinos son alelomorfos.

Alelomorfo dominante.—Es el que se expresa de modo heterozigótico.

Alelomorfo recesivo.—Es el que no se expresa de modo heterozigótico. De esto se deduce que los alelomorfos dominantes son expresados de modo regular en F_1, mientras que los alelomorfos recesivos están suprimidos en aquella generación, aunque ambos encuentran expresión en F_2. Sin embargo, en ésta los dominantes exceden a los recesivos en la proporción de tres a uno.

BIBLIOGRAFÍA

Bauer (J.): «Herencia y constitución» (trad. de la 2.ª ed. alemana por la doctora J. F. de la Vega), 1930.

Bauer (J.): «Patología constitucional» (traducción, revisión y notas de Oliver Pascual), 1933.

Bauer (J.): «The Constitucional Principle in Clinical Medicine». The Harvey Lect., t. XXVIII, págs. 37-56. Williams & Wilkins, Baltimore, 1934.

Bergmann (G.): «Funktionelle Pathologie». J. Springer, Berlín, 1932.

Birch (C. L.): «Hemophilia». Journ. Am. Med. Ass., vol. IC, núm. 19, página 1566, 1932.

Borchardt (L.): «La constitución individual ante la clínica» (trad. de la 2.ª ed. alemana por F. Reber y J. Núñez Toraño). Plus Ultra, Madrid, 1933.

Brugsch (T.) y Lewy (F. H.): «Die Biologie der Person». E. Handbuch der allgemeinen u. speziellen Konstitutionslehre. Urban und Schwarzenberg. Berlin und Wien, 1926-31.

Castle (W. E): «Genetics and Eugenics». Harvard Un. Press., 1931.

Curtius (F.): «Multiple Sklerose und Erbanlage». G. Thieme, Leipzig, 1933.

Goldschmidt (R.): «Die sexuellen Zwischenstufen». J. Springer, Berlín, 1931.
Hirszfeld (L. y H.): «Serologischen Untersuchungen bei den Rassen der Menschen». Ref. Congres. Zentral., t. XVII, pág. 351, 1927 (y en su libro, 1928).
Jaensch (W.): «Grundzüge einer Physiologie und Klinik der psychophysischen Persönlichkeit». J. Springer, Berlín, 1926.
Katase (A.): «Der Einfluss der Ernährung auf die Konstitution des Organismus». Urban und Schwarzenberg, Berlín, 1931.
Kraus (Fr.): «Allgemeine und spezielle Pathologie der Person». G. Thieme, Leipzig, 1926.
Ketschmer (E.): «Korperbau und Charakter», 7.ª y 8.ª edición (trad. esp. de la 1.ª ed. por el Dr. J. M. Sacristán). J. Springer, Berlín, 1929 y 1931.
Lenz (F.): «Erblichkeitslehre im Allgemeine und beim Menschen im besonderen». Handbuch der Normalen und Pathologischen Physiologie. J. Springer, Berlín, 1926.
Lange (J.): «Verbrechen als Schicksal». Studie an kriminellen Zwillingen. G. Thieme, Leipzig, 1929.
Morgan (T. H.): «The theory of the gene». New Haven, 1926.
Oliver Pascual (E.): «Bases fisiopatológicas para la terapéutica de algunos síndromes por medio de extractos paratiroideos». Comunicación presentada a la Acad. Méd. Quirúrg. en diciembre de 1926.
Oliver Pascual (E.): «Constitución y recambio hemoglobínico». La Medicina Latina, t. III, págs. 497 y 529-567, y t. IV, págs. 23-80, 1930.
Oliver Pascual (E.): «Constitución e insuficiencia hepática». Rev. Méd. de Barcelona, mayo 1930.
Oliver Pascual (E.) y Montejo (S.): «Estudios sobre Patología constitucional. Constitución y alergidisquinesia de las vías biliares». Medicina Ibera, núm. 730, 1931.
Oliver Pascual (E.), Montejo (S.) y Oliver (A.): «Variaciones de la colemia provocada y constitución individual». Arch. Enf. de Aparat. Digest. y Nutr., mayo 1931.
Oliver Pascual (E.): «Estudios sobre Patología constitucional. El metabolismo pigmentario en el hipotiroidismo incipiente». Rev. Méd. de Barcelona, septiembre 1932.
Oliver Pascual (E.) y Montejo (S.): «Relación de las disionias con algunas afecciones gastrointestinales, especialmente las de índole alérgica». Comunicación leída en la Acad. Méd. Quirúrg. de Madrid el 20 de diciembre de 1932.
Oliver Pascual (E.) y Montejo (S.): «La predisposición constitucional en la alergia digestiva». Comunicación Acad. Méd. Quirúrg. de Madrid, abril 1933.

Petersen (W. F.): «Constitution and Disease». Physiol. Rev., vol. XII, número 2, pág. 283, 1932.

Stockard (Ch.): «The Physical basis of Personality». W. W. Norton & Company, inc. New York, 1931.

Traum (E.), Schaaff y Linden (H.): «Beitrag zur Frage der Konduktorenbestimmung in hämophilen familien». Klin. Woch., t. X, núm. 3, págs. 111-113, 1931.

Van Leewen (H. C.): «Uber familiäres Vorkommen von Lipodystrophia progressiva zusammen mit Otosklerose Knochencysten und geistiger Debilität». Ztschr. f. Klin. Med., t. CXXIII, págs. 534-547, 1933.

Verschuer (O.): «Die vererbungsbiologische Zwillingsforschung. Ihre biologischen Grundlagen Studien an 102 eineiigen und 45 gleichgeschlichen zweieiigen Zwillingstlich und an 2 Drillingspaaren». Ergebn. d. Inn. Med., t. XXXI, pág. 35, 1927.

Weitz (W.): «Studien an eineiigen Zwillingen». Zeitschr. f. Klin. Med., t. CI, pág. 114, 1925.

FRANCISCO DE ALDANA,
el Divino.

CON Fernando de Herrera, con Francisco de Figueroa, con Miguel Sánchez, y más justamente que éstos, mereció el capitán Aldana de sus contemporáneos el sobrenombre de *Divino*.

Gil Polo, en su *Canto del Turia,* y suponiéndole, no sé por qué, valenciano (fué extremeño), le exalta en términos que sobrepasan la tónica del obligado y usual elogio en composiciones de tal género:

Este es Aldana, el único Monarca
que junto ordena versos y soldados,
que en cuanto el ancho mar ciñe y abarca,
con gran razón los hombres señalados
en gran duda pondrán si él es Petrarca
o si Petrarca es él, maravillados
de ver que donde reina el fiero Marte
tenga el fecundo Apolo tanta parte.

No es feliz el recuerdo del gran poeta italiano; pero lo que a esta referencia puede faltar de exactitud u oportunidad está compensado por la justa efusión con que continúa:

Tras este no hay persona a quien yo pueda
con mis versos dar honra esclarecida,
que estando junto a Febo, luego queda
la más lumbrosa estrella escurescida...

Lope de Vega, en el *Laurel de Apolo,* hace también memoria de Aldana, y aún más de su vida y su muerte que de su obra literaria:

Tenga lugar el capitán Aldana
entre tantos científicos señores,
que bien merece aquí tales honores
tal pluma y tal espada castellana.
¡Oh, nunca a la africana
margen del Mutaceno,
más que de cuerpos de desdichas lleno,
el lusitano Sebastián pasara!
Que entre la sangre noble, ilustre y clara
que allí quedó vertida,
fué la primera que murió su vida.
En viendo su consejo despreciado
(que el Rey no quiso de tan gran soldado),
muriendo satisfizo su conceto,
faltando de sus versos el efeto,
cuando dijo: Guardaos, que ya tira
Jove español el rayo de su ira.

Aldana, general en Flandes, Alcayde de la fortaleza de San Sebastián, asistió, en efecto, a la jornada de Alcazarquivir, con misión especial de Felipe II cerca del impetuoso joven portugués, y no valiendo su consejo, murió con honra al lado de Don Sebastián en el fatal encuentro.

Pero no es éste lugar de precisiones biográficas, sino de subrayar el olvido en que después cae su memoria, y más aún su obra poética, que no desautoriza, antes corrobora, la opinión que de ella formaran sus contemporáneos. Tan sólo, como en tantos casos, en el transcurso de más de tres siglos, Menéndez Pelayo tiene unas palabras justas para el poeta, pues no pueden considerarse ni estimarse las vagas noticias

que desde Nicolás Antonio y Cerdá y Rico (que ilustrara la edición de la *Diana,* de Gil Polo.—Madrid, MDCCLXXVIII) vienen rodando por los manuales literarios. He aquí las palabras del gran crítico santanderino, tras copiar unos tercetos, precisamente de la Epístola a que acompaña esta nota: *¡Y este poeta ha sido olvidado en nuestras Antologías, y mencionado casi con desdén por la perezosa rutina de los historiadores de nuestras letras! Más disculpa merecen sus contemporáneos, que le llamaron el* Divino, *puesto que lo es muchas veces por el pensamiento y algunas por la dicción.*

Reproduzco el texto de la *Epístola para Arias Montano* de la primera edición de las obras de Francisco de Aldana, publicadas por su hermano Cosme (en Milán, por Pablo Gotardo Poncio, 1589). La edición de Madrid (por Luis Sánchez, 1593) transcribe el texto de la de Milán hasta con sus erratas. No he respetado la ortografía y he modernizado la puntuación. El texto, como impreso en oficina extranjera, no ofrece garantía de fidelidad en estos detalles, y el impreso en Madrid, repito, no le mejora.

J. M. de C.

CARTA DEL CAPITÁN FRANCISCO DE ALDANA PARA ARIAS MONTANO

SOBRE LA CONTEMPLACIÓN DE DIOS, Y LOS REQUISITOS DELLA

MONTANO, cuyo nombre es la primera
estrellada señal, por do camina
el sol, el cerco oblicuo de la esfera;

nombrado así por voluntad divina,
para mostrar que en tí comienza Apolo
la luz de su celeste disciplina:

Yo soy un hombre desvalido y solo,
expuesto al duro hado, cual marchita
hoja al rigor del descortés Eolo.

Mi vida temporal anda precita
dentro el infierno del común trafago
que siempre añade un mal, y un bien nos quita.

Oficio militar profeso y hago,
baja condenación de mi ventura,
que al alma dos infiernos da por pago.

Los huesos y la sangre que Natura
me dió para vivir, no poca parte
dellos, y della, he dado a la locura,

mientras el pecho al desenvuelto Marte
tan libre dí, que sin mi daño puede
hablando la verdad ser muda el arte,

y el rico galardón que se concede
a mi (llámola así) ciega porfía,
es que por ciego y porfiado quede.

No digo más sobre esto, que podría
cosas decir, que un mármol deshiciese
en el piadoso humor que el ojo envía;

y callaré las causas de interese,
no sé si injusto o justo, que en alguno
hubo por que mi mal más largo fuese.

Menos te quiero ser hora importuno
en declarar mi vida y nascimiento,
que tiempo dará Dios más oportuno.

Basta decir que cuatro veces ciento,
y dos cuarenta vueltas dadas miro
del planeta septeno al firmamento,

que en el aire común vivo y respiro,
sin haber hecho más que andar haciendo
yo mismo a mí, cruel doblado tiro,

y con un trasgo a brazos debatiendo
que al cabo, al cabo, ¡ay Dios!, de tan gran rato
mi costoso sudor queda riendo.

Mas ya (merced del cielo) me desato,
ya rompo a la esperanza lisonjera
el lazo, en que me asió con doble trato:

pienso torcer de la común carrera
que sigue el vulgo, y caminar derecho
jornada de mi patria verdadera:

entrarme en el secreto de mi pecho,
y platicar en él mi interior hombre,
do va, do está, si vive o qué se ha hecho,

y porque vano error más no me asombre,
en algún alto y solitario nido
pienso enterrar mi ser, mi vida y nombre,

y como si no hubiera acá nacido
estarme allá, cual Eco, replicando
al dulce son de Dios del alma oído.

Y ¿qué debiera ser (bien contemplando)
el alma, sino un eco resonante
a la eterna bondad que está llamando?

¿Y desde el cavernoso y vacilante
cuerpo, volver mis réplicas de amores
al sobre celestial Narciso amante?

¿Rica de sus intrínsecos favores,
con un piadoso escarnio el bajo oficio
burlar de los mundanos amadores?

En tierra, en árbol, hoja algún bullicio
no hace, que al moverse ella no encuentra
en nuevo, y para Dios grato ejercicio.

Y como el fuego saca y desencentra
oloroso licor por alquitara
del cuerpo de la rosa que en ella entra,

así destilará de la gran cara
del mundo inmaterial, varia belleza,
con el fuego de amor que la prepara,

y pasará de vuelo a tanta alteza,
que volviéndose a ver tan sublimada
su misma, olvidará, naturaleza:

cuya capacidad ya dilatada
allá verá, do casi ser le toca
en su primera causa transformada.

Ojos, oídos, pies, manos y boca,
hablando, obrando, andando, yendo y viendo
serán del mar de Dios cubierta roca;

cual pece dentro el vaso alto, estupendo
del Océano, irá su pensamiento
desde Dios para Dios yendo y viniendo:

seråle allí quietud el movimiento,
cual círculo mental sobre el divino
centro glorioso, origen del contento;

que pues el alto esférico camino
del cielo, causa en él vida y holganza
sin que lugar adquiera peregrino,

llegada el alma al fin de la esperanza
mejor se moverá, para quietarse
dentro el lugar que sobre el mundo alcanza;

do llega en tanto extremo a mejorarse
(torno a decir) que en él se transfigura
casi el velo mortal, sin animarse.

No que del alma la especial natura
dentro el divino piélago hundida
cese en el Hacedor de ser hechura

o quede aniquilada y destruída,
cual gota de licor, que el rostro enciende
del altísimo amor toda absorbida;

mas como el aire, en quien su luz extiende
el claro sol, que juntos aire y lumbre
ser una misma cosa el ojo entiende.

Es bien verdad que a tan sublime cumbre
suele impedir el venturoso vuelo
del cuerpo la terrena pesadumbre;

pero, con todo, llega al bajo suelo
la escala de Jacob, por do podemos
al alcázar subir del alto cielo,

que yendo allá, no dudo que encontremos
favor de más de un ángel diligente
con quien alegre tránsito llevemos.

Puede del sol pequeña fuerza ardiente
desde la tierra alzar graves vapores
a la región del aire allá eminente:

¿y tantos celestiales protectores
para subir a Dios alma sencilla
vernán a ejercitar fuerzas menores?

Mas, pues, Montano, va mi navecilla
corriendo este gran mar con suelta vela
hacia la infinidad buscando orilla,

quiero, para tejer tan rica tela,
muy desde atrás decir lo que podría
hacer el alma que a su causa vuela.

Paréceme, Montano, que debría
buscar lugar que al dulce pensamiento
encaminado a Dios abra la vía,

a do todo exterior derramamiento
cese, y en su secreto el alma entrada
comience a examinar con modo atento,

antes que del Señor fuese criada,
cómo no fué, ni pudo haber salido
de aquella privación que llaman nada;

ver aquel alto piélago de olvido,
aquel sin hacer pie luengo vacío,
tomado tan atrás del no haber sido;

y diga a Dios: —¡Oh causa del ser mío,
cuál me sacaste de esa muerte oscura
rica del don de vida y de albedrío!

Allí, gozosa en la mayor Natura
déjese el alma andar suavemente
con leda admiración de su ventura;

húndase toda en la divina fuente,
y del vital licor humedescida
sálgase a ver del tiempo en la corriente.

Verase como línea producida
del punto eterno, en el mortal subjecto
bajada a gobernar la humana vida,

dentro la cárcel del corpóreo afecto,
hecha horizonte allí de este alterable
mundo, y del otro puro y sin defecto,

donde a su fin únicamente amable
vuelta, conozca del ser tan dichosa
forma gentil de vida indeclinable

y sienta que la mano dadivosa
de Dios, cosas crió tantas y tales
hasta la más suez mínima cosa,

sin que las calidades principales,
los cielos con su lúcida belleza,
los coros del Impíreo angelicales,

consigan facultad de tanta alteza
que lo más bajo y vil que asconde el cieno
puedan criar, ni hay tal naturaleza.

Enamórese el alma en ver cuán bueno
es Dios, que un gusanillo le podría
llamar su criador, de lleno en lleno,

y poco a poco le amanezca el día
de la contemplación, siempre cobrando
luz y calor, que Dios de allá le envía.

Déjese descansar de cuando en cuando,
sin procurar subir, porque no rompa
el hilo que el amor queda tramando,

y veráse colmar de alegre pompa,
de divino favor, tan ordenado,
cuan libre de desmán que le interrompa.

Torno a decir que el pecho enamorado
la celestial de allá rica influencia
espere humilde, atento y reposado,

sin dar ni recibir propia sentencia,
que en tal lugar la lengua más despierta
es de Natura error y balbucencia.

Abra de par en par la firme puerta
de ese querer, pues no tan presto pasa
el sol por la región del aire abierta,

ni el agua universal con menos tasa
hinchió toda del suelo alta abertura
bajando a la región de luz escasa,

como aquella mayor suma Natura
hinche de su divino sentimiento
el alma cuando abrir se le procura.

No que de allí le quede atrevimiento
para creer que en sí mérito encierra
con que al supremo, obligue, entendimiento,

pues la impotencia misma que la tierra
tiene para obligar que le dé el cielo
llovida ambrosia en valle, en llano o en sierra,

o para producir flores el yelo,
y plantas levantar de verde cima
desierto estéril y arenoso suelo,

tiene el alma mejor, de más estima,
para obligar que en ella gracia influya
el bien que a tanta alteza le sublima.

Es don de Dios, magnificencia suya,
divina autoridad, que el ser abona
de nuestra indignidad que no le arguya,

y cuando da de gloria la corona,
es último favor, que los ya hechos
como sus propios méritos corona.

Así que el alma en los divinos pechos
beba infusión de gracia sin buscalla,
sin gana de sentir nuevos provechos,

que allí la diligencia menos halla
cuanto más busca, y suelen los favores
trocarse en interior nueva batalla.

No tiene que buscar los resplandores
del sol quien de su luz anda cercado,
ni el rico Abril pedir yerbas y flores,

pues no mejor el húmido pescado
dentro el abismo está del Océano,
cubierto del humor grave y salado,

que el alma alzada sobre el curso humano
queda, sin ser curiosa o diligente
de aquel gran mar, cubierto, ultramundano;

no como el pece sólo exteriormente,
mas dentro mucho más que está en el fuego
el íntimo calor que en él se siente.

Digo que puesta el alma en su sosiego
espere a Dios, cual ojo que cayendo
se va sabrosamente al sueño ciego,

que al que trabaja por quedar durmiendo,
esa misma inquietud destrama el hilo
del sueño que se da no le pidiendo.

Ella verá con desusado estilo
toda regarse, y regalarse junto
de un salido de Dios sagrado Nilo;

recogida su luz toda en un punto
aquella mirará de quien es ella
indignamente imagen y trasunto,

y cual de amor la matutina estrella,
dentro el abismo del eterno día
se cubrirá toda luciente y bella

como la hermosísima judía
que llena de doncel novicio espanto
viendo Isaac que para sí venía,

dejó cubrir el rostro con el manto,
y descendida pronto del camello
recoge humilde al novio casto y santo.

Disponga el alma así con Dios hacello,
y de su presumpción descienda altiva,
cubierto el rostro y reclinado el cuello,

y aquella sacrosanta virtud viva,
única criadora y redentora,
con profunda humildad en sí reciba.

Mas ¿quién dirá?, mas ¿quién decir agora
podrá los peregrinos sentimientos
que el alma en sus potencias atesora?

¿Aquellos ricos amontonamientos
de sobrecelestiales influencias,
dilatados de amor descubrimientos?

¿Aquellas ilustradas advertencias
de las Musas de Dios sobreesenciales,
destierro general de contingencias?

¿Aquellos nutrimentos divinales
de la inmortalidad fomentadores,
que exceden los posibles naturales?

¿Aquellos (¿qué diré?) colmos favores,
privanzas nunca oídas, nunca vistas,
summa especialidad del bien de amores?

¡Oh grandes, oh riquísimas conquistas
de las Indias de Dios, de aquel gran mundo
tan escondido a las mundanas vistas!

Mas (¡ay de mí!) que voy hacia el profundo,
do no se entiende suelo ni ribera,
y si no vuelvo atrás me anego y hundo.

No más allá, ni puedo aunque lo quiera;
do la vista alcanzó, llegó la mano,
ya se les cierra a entrambos la carrera.

¿Notaste bien, doctísimo Montano,
notaste cuál salí, más atrevido
que del cretense padre el hijo insano?

Tratar en esto es sólo a ti debido,
en quien el cielo sus noticias llueve
para dejar el mundo enriquecido;

por quien de Pindo las hermanas nueve
dejan sus montes, dejan sus amadas
aguas, donde la sed se mata y bebe,

y en el santo Sión, ya trasladadas
al profético coro por tu boca,
oyendo están atentas y humilladas.

Dichosísimo aquel que estar le toca
contigo en bosque, o en monte, o en valle umbroso,
o encima la más alta áspera roca.

¡Oh tres y cuatro veces yo dichoso
si fuese Aldino aquél, si aquél yo fuese,
que en orden de vivir tan venturoso,

juntamente contigo estar pudiese,
lejos de error, de engaño y sobresalto,
como si el mundo en sí no me incluyese!

Un monte dicen que hay, sublime y alto,
tanto que, al parecer, la excelsa cima
al cielo muestra dar glorioso asalto,

y que el pastor, con su ganado encima,
debajo de sus pies, correr el trueno
vee, dentro el nubiloso, helado clima,

y en el puro vital aire sereno,
va respirando allá, libre y esento,
casi nuevo lugar, del mundo ajeno,

sin que le impida el desmandado viento,
el trabado granizo, el suelto rayo,
ni el de la tierra grueso, húmido aliento.

Todo es tranquilidad de fértil Mayo,
purísima del sol templada lumbre,
de yelo o de calor sin triste ensayo.

Pareces tú, Montano, a la gran cumbre
deste gran monte, pues vivir contigo
es muerte de la misma pesadumbre,

es un poner debajo a su enemigo,
de la Soberbia el trueno estar mirando
cuál va descomponiendo al más amigo;

la nube de la Envidia descargando
ver, de Murmuración duro granizo,
de Vanagloria el viento andar soplando,

y de Lujuria el rayo encontradizo,
de Acidia el grueso aliento, y de Avaricia,
con lo demás que el padre antiguo hizo.

Y desta turba vil, que el mundo envidia,
descargado, gozar cuanto ilustrare
el sol en ti de gloria y de justicia.

El alma que contigo se juntare
cierto reprimirá cualquier deseo
que contra el propio bien la vista encare.

Podrá luchar con el terrestre Anteo
de su rebelde cuerpo, aunque le cueste
vencer la lid por fuerza y por rodeo;

y casi vuelta un Hércules celeste
sompesará de tierra ese imperfecto,
porque el favor no pase della en éste;

tanto que el pie del sensitivo afecto
no la llegue a tocar, y el enemigo
al hercúleo valor quede subjecto.

De sí le apartará junto consigo
domándole, firmado en la potencia
del pecho ejecutor del gran castigo.

Serán temor de Dios, y penitencia,
los brazos, coronada de diadema
la caridad, valor de toda esencia.

Mas para concluir tan largo tema,
quiero el lugar pintar do con Montano
deseo llegar de vida a la hora extrema.

No busco monte excelso y soberano,
de ventiscosa cumbre, en quien se halle
la triplicada nieve en el verano;

menos, profundo, oscuro, hundido valle,
donde las aguas bajan despeñadas
por entre desigual, torcida calle;

las partes medias son más aprobadas
de la Natura, siempre fructuosa,
siempre de nuevas flores esmaltadas.

Quiero también, Montano, entre otras cosas,
no lejos descubrir de nuestro nido
el alto mar, con ondas bulliciosas.

Dos elementos ver, uno movido
del aéreo desdén, otro fijado
sobre su mismo peso establecido;

ver uno desigual, otro igualado;
de mil colores éste, aquél mostrando
el claro azul del cielo no añublado;

bajaremos allá de cuando en cuando,
altas y ponderadas maravillas,
en recíproco amor juntos tratando.

Verás por las marítimas orillas
la espumosa resaca entre el arena
bruñir mil blancas conchas y lucillas,

en quien hiriendo el sol con luz serena
echan como de sí nuevos resoles
do el rayo visual su curso enfrena;

verás mil retorcidos caracoles,
mil bucios istriados, con señales
y pintas de lustrosos arreboles,

los unos del color de los corales,
los otros de la luz, que el sol represa
en los pintados arcos celestiales,

de varia operación, de varia empresa,
despidiendo de sí como centellas
en rica mezcla de oro y de turquesas.

Cualquiera especie producir de aquellas
verás (lo que en la tierra no acontece),
pequeñas en extremo y grandes dellas,

donde el secreto artificioso pece
pegado está, y en otros despegarse
suele, y al mar salir si le parece.

Por cierto, cosa digna de admirarse
tan menudo animal, sin niervo y hueso,
encima tan gran máquina arrastrarse;

criar el agua un cuerpo tan espeso
como la concha, casi fuerte muro,
reparador de todo caso avieso,

todo de fuera peñascoso y duro,
liso de dentro, que al salir injuria
no haga a su señor tratable y puro.

El nácar, el almeja y la purpuria
venera, son matices luminosos,
que acá y allá del mar siguen la furia.

Ver los marinos riscos cavernosos,
por alto y bajo en varia forma abiertos,
do encuentran mil embates espumosos.

Los peces acudir por sus inciertos
caminos, con agalla purpurina,
de escamoso cristal todos cubiertos.

También verás correr por la marina
con sus airosas tocas, sesga y presta,
la nave, a lejos climas peregrina.

Verás encaramar la comba cresta
del líquido elemento, a los extremos
de la helada región al fuego opuesta.

Los salados abismos miraremos
entre dos sierras de agua abrir cañada,
que de temor Carón suelta sus remos.

Veráse luego mansa y reposada
la mar, que por Sirena nos figura
la bien regida y sabia edad pasada;

la cual en tan gentil blanda postura
vista del marinero, se adormece
casi a música voz, suave y pura;

y en tanto el fiero mar se arbola y crece
de modo que a un despierto y a cualquiera
remedio de vivir le desfallece.

En fin, Montano, el que temiendo espera,
y velando ama, sólo este prevale
en la estrecha de Dios, cierta carrera.

Mas ya parece que mi pluma sale
del término de epístola, escribiendo
a tí, que eres de mí lo que más vale.

A mayor ocasión voy remitiendo
de nuestra soledad contemplativa
algún nuevo primor que della entiendo.

Tú, mi Montano, así tu Aldino viva
contigo en paz dichosa, esto que queda
por consumir de vida fugitiva,

y el cielo cuanto pides te conceda,
que nunca de su todo se dismiembre
esta tu parte, y siempre serlo pueda.

Nuestro Señor, en ti su gracia siembre
para coger la gloria que promete.
De Madrid. A los siete de Setiembre.
Mil y quinientos y setenta y siete.

CRISTAL DEL TIEMPO

LA BOLSA Y LA VIDA

CARAS CRUZADAS

Casi todos los escribas eran fariseos, y muchos fariseos, escribas. Los escribas o doctores de la ley se habían erigido en profesores de moral social, cívica y religiosa. Eran pedagogos casuistas, *preparados*, tartufos doctorados, académicos de cuello torcido, cuáqueros filosofantes, y en el fondo, maestros de economía. Por eso, cuando la economía religioso-política que han montado a la sombra del sagrado del templo y de la animosidad de la ley peligra es cuando proyectan la muerte de Jesús. Necesitan dinero para hacer prosélitos y prosélitos para hacer dinero. Nadie era tan hábil como ellos para el proselitismo. Jesús les dijo: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque rodeáis la mar y la tierra por hacer un prosélito!*

Pero eran gentes gélidas, llenas de reservas, incapaces de ser sencillos como niños y resueltos como hombres de verdad. No aparecían como pecadores a los ojos de la carne, sino falseadores de Dios, *ángeles de tinieblas*—que dice San Pablo – *vestidos de ángeles de luz,* usureros de la ley, barateros de la verdad, que usaban de las grandes verdades para sostener sus mentiras.

De aquel Templo vivo de Dios, que, según San Agustín, somos nosotros mismos, eran éstos los sutiles mercaderes, cuya obra acababa en las sillas con jaulas de palomas y en las mesas de cambio de moneda. No eran capaces de justicia, de misericordia ni de lealtad. Eran helados y calculadores como sierpes, y necesitaban dinero y dinero para sostener entre la multitud un partido que a ellos les sostuviese. Entonces inventaron la teoría de que la religión necesitaba, sobre todo, dinero, y de que a fuerza de dinero se sostenía el esplendor del Arca de la Alianza.

(De R. Sánchez Mazas: *Los mercaderes del templo. Informaciones.* Madrid, 29 marzo 1934.)

HISTORIAS PARA LA HISTORIA

POLICÍAS Y LADRONES

Con el nacimiento de la Prensa ha podido nacer una clase nueva de historia. Esta nueva historia ha dado un nuevo historiador, vivo y ágil como pocos: el repórter.

Reunidos en folletos—e ilustrados con sentido periodístico—se están publicando ahora colecciones de reportajes sobre temas determinados: *Los judíos, La guerra, La prostitución.* Ya «Le Crapouillot» hizo célebres unos cuadernos análogos referentes también a la Gran Guerra, a los ingleses, a los alemanes, y «*VU*» reunió—con fortuna inferior, aunque sabrosa—reportajes acerca de Rusia y acerca de Norteamérica.

El reportaje de ahora se llama *Un siglo de escándalos.* Y en él podemos ver—espigando—lo siguiente:

Panamá.—Fernando Lesseps, glorioso ingeniero constructor del Canal de Suez, va a ser constructor igualmente del Canal de Panamá. El sueño de Vasco de Gama, de Núñez de Balboa, de Humboldt.

Empréstitos gigantescos. Llamamiento al ahorro francés. Un periodista que grita: *¡No vayáis a esa aventura!,* se encuentra con que le aplican a los labios una mordaza de lujo: cerca de un millón de francos. Así empiezan.

De 1879 a 1886 no se ha trabajado mucho en Panamá. Pero en cambio han gastado: 1.400 millones. Los franceses

que fueron al terreno para trabajar en las obras, murieron en tal abundancia, que se pagaban las cajas de muerto a precios exorbitantes.

Alguien tira de la manta. Proceso. Complicaciones. El barón Reinach se suicida. *Creador de reputaciones y fortunas,* había distribuído—otras cuantas mordazas de lujo—cuatro millones de francos entre senadores y otros. Queman sus parientes al morir los pocos documentos que no había él destruído previamente.

Cornelius Herz es otro personaje. Oficial de la Legión de Honor y *gran comprador de ministros.* Véase una mercancía que no figura aún en los inventarios comerciales. Familiar para Carnot, para Clemenceau y tantos otros. Tiene en su poder el talonario de los que han recibido dinero por su mediación. Le persiguen. Por fin le detienen. Nada: da seis o siete nombres de gentes que habían recibido, ya 10.000, ya 100.000 francos. A todos se absuelve. Amén.

Caran D'Ache publica una historieta de las suyas: *Variaciones sobre el verbo Cobrar el cheque:* Un señorón fumando buen veguero: *Yo he cobrado.* Uno a otro en el *foyer* de la Opera: *Tú has cobrado.* Dos criados de casa grande hablando de su amo: *El ha cobrado.* El presidente de la Cámara: *Nosotros hemos cobrado.* (Asentimiento en todos los escaños.) Un señor con gabán corriente a otro con gabán de pieles: *Vosotros habéis cobrado.* Un accionista mendigando, harapiento: *Ellos han cobrado.* Una familia con los trastos en la calle: *¡Ah, si nosotros hubiéramos cobrado!* Una señora, indignada, a su esposo, frente al escaparate de una joyería donde no pueden comprar: *¡Ah, si tú hubieses cobrado!* Un vendedor de periódicos refiriéndose a dos municipales: *¡Ah, si ellos hubiesen cobrado!*

Rochette.—Es camarero de café. Pero a los veintinueve años pasa por ser uno de los negociantes más audaces de

París. Y hay un momento en el que quiere comprar el *Petit Journal* después de haber fundado varias sociedades—la primera, el Crédito Minero—, y cuando los accionistas del periódico protestan—o sea: cuando el poder que se ampara en el *Petit Journal* ve que el poder va a pasar a otras manos—, son descubiertos los enjuagues de Rochette—que ha lanzado a los aires de este mundo 120 millones en papel—y va a la cárcel.

Pero sale de la cárcel—entre flores y entre vítores—porque los accionistas que le dieron sus ahorros, y sus empleados, que le adoran, han pedido—y conseguido—la libertad de su hombre.

Condenado a dos años de prisión, huye a Inglaterra.

Vuelve a Francia con dos o tres nombres distintos y un mismo empeño perenne: hacer negocios turbios.

De nuevo sujeto a proceso, no acaba el proceso nunca: es que el defensor pretende, con dilaciones reiteradas y abundantes, que transcurran los tres años sin sentencia que determina la ley para que se sobresea la causa.

Como esto se hace difícil, llega un momento en que Caillaux, ministro de Hacienda entonces, consigue que el presidente del Consejo haga presión sobre el magistrado Fabre para que éste no se oponga a la dilación del proceso. Fabre acaba por someterse y acceder. Pero como la Comisión investigadora apremia y Fabre es hombre honrado, acaba, acuciado por ella, declarando la presión que sobre él han ejercido *altos poderes*. Fabre es trasladado a un rincón de provincia. Y cuando Calmette, director del *Fígaro,* va a publicar en su periódico, no, como se dijo, las cartas privadas de Caillaux con su mujer, sino el documento en que Fabre ha confesado, la esposa de Caillaux mata a Calmette de seis tiros.

Hatry.—Fundador de sociedades. Con el dinero de las unas tapa los desperfectos de las otras. Forma un trust por medio de complicadas transferencias de sociedades.

Quiere acaparar la metalurgia inglesa, punto neurálgico de la economía británica.

Recibe el encargo de emitir sendos empréstitos para varias ciudades inglesas. Lo recaudado no llega jamás a las correspondientes ciudades.

Cuando se descubre todo *estaban irremediablemente dilapidados 2.000 millones de francos.*

Se condena a Hatry. ¿A qué? A estarse en la prisión ¡cuatro años! Un año de prisión por cada quinientos millones.

Pero no. El asunto Hatry no ha echado a rodar sólo esos millones. Ha tirado por el suelo nada menos que la *Prosperity* yankee. Cuando en Nueva York se enteran de lo sucedido en Londres, todos creen que va a pasar lo mismo con la industria americana. Venden todos sus acciones. Cunde el pánico. El rascacielos del crédito mantiene un equilibrio harto sensible para que pueda resistir tales seísmos, y se desmorona y derrumba. Nos lo cuenta una persona como Lewhinson, perita si las hay en el aventurerismo del dinero.

Sinclair y Walker.—Una vez que se habla de América, podría recogerse el nuevo grupo: los Al Capone, los Diamond, etcétera.

Se sorprendieron las gentes cuando lo del niño de Lindbergh, como si fuera un caso excepcional. Pero no había tal cosa. En el *Vanity Fair* de hace poco venían varios retratos de los grandes señores del hampa; cada uno con su oficio: el uno era *gangster,* el otro era *bootleger,* el otro era *boy's killer:* asesino de niños en romance. Es ya esa una profesión que puede, por lo visto, ser consignada incluso en las tarjetas.

Sinclair y Walker son, pues, unos de tantos. Los emparejamos ahora para que representen la hermandad del sobornador y el sobornado.

La modalidad de América no es la estafa propiamente. Es el soborno. Sinclair soborna a quien cumple a fin de que

unos yacimientos petrolíferos que posee la Marina norteamericana, y de los que no hace en rigor mucho caso, vayan a parar a sus manos a precio de saldo y ganga.

El precio fué tan bajo que al descubrirse la cesión, años más tarde, tuvo la ley que condenar. Y condenó... a una pena insignificante.

Jimmy. – Al sobornador egregio corresponde el egregio sobornado. El sobornado es ministro, juez, policía o alcalde. Walker, el famoso Jimmy, es alcalde. De Nueva York nada menos. Un día se descubre que la institución Tammany Hall opera con el *asentimiento* del alcalde y que la Tammany Hall se dedica a cobrar comisiones al que quiere ser sereno, o cargador del puerto o empleado, llegando a ser los ingresos de tal monta que el abogado jefe de la Tammany ingresa en seis años, en su cuenta corriente, cinco millones de dólares.

El alcalde, por su parte, cobraba de las grandes Compañías comisiones también grandes.

Hoy ha caído en desgracia. Quiere decirse con esto que ya no puede, ahora, seguir cobrando más, viéndose *reducido* a gastar – como simple particular – lo cobrado anteriormente.

Los hermanos Sklarek. Intermedio dramático-grotesco. – Leo, Willy, Max. Tres nombres, efectivamente, de excéntricos.

No deja de ser excéntrico lo que solicitan y consiguen y realizan: ser ellos y sólo ellos los que proporcionen al Municipio berlinés los trajes que la villa de Berlín reparte a parados y mendigos.

Leo, Willy y Max, trío excéntrico, entrega veinte trajes, o mil trajes, y cuando tocan a cobrar presenta un vale donde hay varios ceros más añadidos a la cifra de la entrega. Unos ceros. Total, nada. En vez de veinte, dos mil; en vez de mil, mil y... pico.

El trío se compra *yachts*, cotos, castillos.

Cuando se descubre todo habían las arcas municipales perdido en pantalones y demás diez millones largos de marcos.

Los hermanos sufrieron reclusión de tres y de cinco años.

Colofón.—Nadie en el Ayuntamiento de Berlín era cómplice directo de estos hombres. No se paraban a ver si coincidían los vales de entrega de ropa con los recibos de cobro, por no ofender a hermanos tan simpáticos como aquéllos, que ofrecían al jefe un chaqué nuevo y cedían a precio de ganga a la señora del jefe un abrigo de pieles preciosísimo.

Los hermanos Lahusen.—Otro número del programa alemán de ilusionismo.

Van a ser escamoteados 1.000 millones de francos a la vista del respetable.

El escamoteo se hace por los procedimientos consabidos. ¿Ven ustedes la *Nordwolle?* No hay otra filatura en Alemania más sólida y más pujante. Pero basta un soplo, y ¡nada!, la *Nordwolle* y mil millones han desaparecido de la vista.

Condena: cinco años y tres años.

La Osthilfe.—El número tercero de las varietés alemanas. No deja de ser bonito.

El Estado alemán favorece con determinadas subvenciones los inmensos dominios de la Prusia oriental que no tienen recursos suficientes para sostenerse por sí mismos.

No deja ya de ser este comienzo interesante: *El dueño de las tierras que produzcan se guardará su producto. El dueño de las tierras que no produzcan recibirá del Estado el importe del producto que debiera haber obtenido si los terrenos fueran productivos.*

Para esto se forma un Comité, Comisión o como se llame, dedicado a fijar la cantidad con que deba socorrerse a los pobres propietarios de baldíos de la Prusia occidental. Y esa Comisión se forma... con los propietarios mismos. Eran ellos

los llamados a fijar la cantidad que debían percibir sus propios y prusianos bolsillos. Estaban, pues, conformes todos ellos en que las cantidades debían ser fabulosas.

Como era asunto agrícola, se echó tierra al asunto.

Pero a Schleicher le costó la pérdida del gobierno.

Banca romana.—Ahora Italia.

Antes de Mussolini, por supuesto. *Ahora con Mussolini* —nos dice Mario Casciani—*será posible, acaso, la prevaricación; la estafa es imposible.*

Con Giolitti. La Banca romana tenía poderes para emitir billetes de Banco. Usa, pues, de sus poderes y emite unas ediciones de billetes perfectamente buenos, pero en los que se ha omitido el correspondiente registro en el Tesoro. Edición privada de grabados bancarios para uso particular.

Cuando se descubre el juego, Giolitti está en Alemania. Cuando vuelve a Italia no entra una sola vez en la Cámara sin que oiga que le gritan sus rivales: *Banca romana...*

Niente più.

Giolitti volvió a Italia. Giolitti volvió al poder. Giolitti *patrocinó oficialmente la elección a senador del diputado Taulongo, irremediablemente comprometido en el asunto de la Romana.*

Kreuger.—Psicológico *affaire.*

Este hombre, que llegó a reunir una fortuna capaz de permitirle en un momento ofrecer, como ofreció—y dió—a Francia 1.000 millones; a Alemania 3.125 millones; este hombre, que llega a tener 175 Compañías diferentes en las cuales el mismo capital sirve para que aparezca como capital de cualquiera; este hombre realiza y sostiene todo eso no ya por su genio enorme de combinista financiero, sino por su don de hacer creer a todos que es un hombre intachable. El capital fabuloso de este hombre no son los millones que ponen en sus ma-

nos; es algo más poderoso y más asombroso aún que esas cifras planetarias de millones: es la Confianza.

Este hombre operó siempre y siempre lo hizo todo sin que nadie revisara ni nadie vigilase jamás sus planes y cuentas.

Bontoux.—Se sabe que Francia es ahorrativa. De eso está enterado todo el mundo. De lo que no está enterado todo el mundo es de que los ahorros del francés se los lleva otro francés, de tantos en cuantos años. A esto le llaman los humoristas—jugando con vocablos de astillero—*drenaje de fondos.*

El primer drenaje de fondos que sufrió el ahorro francés fué debido a las especulaciones de un tal Bontoux. Hasta los valores del Estado subieron a consecuencia de estas especulaciones.

Después del alza, la baja...

Y después, 3.000 francos de multa.

Y después, a los cinco años: *El Sr. Bontoux, antiguo director general de la Unión General, ha llegado ayer a su castillo de Alex (Drâne), acompañado de su esposa y de numerosos amigos.*

ETC...—Hay más escándalos. Muchos. Y de análoga magnitud. Algunos—como el de la familia Humbert, como el de madame Hanau y la *Gaceta del Franco*—merecerían informes especiales: acaso una reconstitución en novela o comedia picaresca.

Y de final—o de epílogo—haría falta un capítulo: el de las muchas personas que han sido *suicidadas* Dios sepa por qué manos y por mandato de quiénes.—M. A.

Inventivas

ANTONIO MORÓN

Sobre la verdadera muerte del CAPITÁN ARAÑA



ABRIL
1934



SOBRE LA VERDADERA MUERTE DEL CAPITAN ARAÑA

I

EL AMOR

ME refiero a Araña. Se le conoce mal. Su historia poco revisada ha marchitado un tanto la figura siempre fresca y a punto de la hora en curso.

Araña es un personaje dibujístico, no pintoresco; de trazo firme, no de matiz. Rasgos éstos de su porte externo, claro, porque su interior ofrecía ya sabor más complejo. Era áspero y dulce cuando mandaba y temía, respectivamente.

Las gentes que se pagan de lo visible guardan o ven de Araña la hazaña que le incorporó a la leyenda. Hecho inimportante, genial, sí, pero no único.

Un día Araña se quiso, tal vez se sintió, capitán de hombres a quienes compuso, arengó y lanzó a una lucha inútil y bellísima. La hueste cumplió. Hay quien dice que perecieron todos en el cruento episodio; yo no lo creo. Es en cambio cierto que Araña se quedó en tierra; en tierra de paz o en tie-

rra firme, y con esto no descarto la hipótesis de que la lucha fuese contra los elementos—muchos lo suponen así—y la aventura tuviese por cierta finalidad el descubrimiento en vez de la conquista.

Y desde entonces Araña se quedó solo. Bien sentía él el peso de su soledad y harto lo estimaba injusto, porque nunca escapó a su reflexión que aquél su prudentísimo no hacer, no embarcarse, no luchar, contenía primero: un ejemplo admirable y eterno que en adelante llevaría su nombre, *El caso del capitán Araña;* pero segundo: Araña se había salvado, que es lo que por lo visto estorbaba al ejemplo, y como ya Araña no tenía más vida que la del ejemplo, al Araña ejemplar le estorbaba la vida del Araña vivo. Y pensó quitársela.

Dura cavilación, y al cabo de ella dió con el medio: organizaría otra expedición de objetivo necesariamente mortal y, una vez dispuesta y resuelta la hueste, Araña partiría solo a morir para que el ejemplo viviese.

Y alzó su mejor voz sobre los hombres, encontró los decisivos acentos de tromba y brisa, sintió la emoción clásica que hacía más vasto el pecho y la idea más clara y ágil. Lloraba en su interior como un río, y ardía hacia afuera como una tea de la victoria... Un temblor universal agitó la naturaleza

como si volviese al caos o se tornara a crear; aquietáronse las estrellas tremelucientes y palpitaron las inertes; las noches mecieron sus grandes abanicos de vías lácteas, y los días encarcelaron la algodonosa reflexión, encadenando el impulso previsto, y se pusieron a cantar la inesperada canción que jamás creyeron poder cantar. Todo lo que había de femenino en la tierra, en el mar y en todas las curvas se hizo mujer. La única mujer, la multitudinaria mujer, creadora del tacto y del desvelo, inundada de aguas de desconocidos orígenes y distancias, mullida como la lava reciente, dura como la antigua lava y vestida del salvaje olor de lo necesario. Las pocas auroras boreales que quedaban desaparecieron porque ella avanzó, segura como la ambición, con los pechos al aire. A su paso se cerraron de puro pensar todos los ojos de lo posible. Ella se reclinó, al fin, como un valle sobre el mundo, entre un temblor de montañas, fauces abiertas, para escuchar al causante de aquella universal estupefacción y de su pánica presencia, el cual, recuérdese, era Araña.

Sus penúltimas palabras marcaron la parábola de la mano a la espada. Y por fin, *¡adelante!*, gritó. Brilló el acero y quedó su cabeza alta firme como un astro. Ya daba su planta el primer paso hacia la acción, pasado el pasmo, cuando al mirar en

derredor se encontró solo. Vagas, pero distintas, sentía las voces de los hombres, que pretendía componer para lo épico, cómo cantaban todos con voz de flautín: el caso del capitán Araña. Volvió lentamente su espada al anochecer de la vaina y su cabeza a un modesto día de almanaque. Vagó primero, anduvo después, y corrió por fin hacia el valle cercano y solitario. Cantaron a poco los arroyos y creció el césped.

Araña lloraba universalmente.

No podía permanecer así mucho tiempo; aquel lloro hubiese acabado al héroe y agrandado el mar, y ambas cosas eran anómalas. Quedaba como única solución pensar en grande, con cuyo logro ahuyentaría el llanto y la tristeza. Procedió por lo pronto a la representación en frío de su fracaso en cinco dimensiones. La pasada arenga, que había sido capaz de dislocar el universo, no le atrajo ni un solo secuaz, con lo que su plan devenía imposible, y su vida, el contraejemplo, lo único posible. Sentía cantar dentro de él la atormentadora cancioncilla que cantaban los hombres a quien quiso conquistar: *El caso de Araña, el caso del capitán Araña*. Evitó la indignación; sabía que los hombres eran a menudo violentos y pobres, pero comprendían con mucha dificultad el giro aéreo de una di-

mensión. Pasó por su cabeza una ráfaga, una idea, ésta: ¿Y si crease unos hombres a propósito para su aventura?

Araña sintió el canto de los pajarillos del bosque; las hojas de los árboles comenzaron su bisbeada charla de todas las tardes. El volcán apagado del Oeste parecía tragarse al Sol. Pero ya Araña no vivía para ninguno de estos fenómenos; su voluntad lanzó vagamente sus piernas una detrás de otra, y conseguido el ritmo se recogió de nuevo en su pensamiento.

Empezó por abandonar su reciente idea. Se la confesó nietzscheana, romántica por lo tanto e inservible. Él era un capitán que necesitaba una muerte heroica y no una vida de superhombría. Extremadamente fácil, lo comprendía él, hubiese sido crear el grupo militar y la masa entusiasta. Uno, mil, veinticinco mil; el número no importaba gran cosa a su designio. Lo supremamente difícil era que todas aquellas cabezas no fuesen el pensamiento de Araña, y naturalmente Araña mismo, y que aquellos rudimentarios corazones no participasen de la debilidad de su propio corazón. Acabó de debelar su idea el gran temor de verse tan monótonamente reproducido.

Las primeras estrellas del día no arrojaron nue-

va luz sobre su caso. La mancha tibia y lenta de la noche iba extendiéndose por el valle para ganar pronto las copas de los árboles y las cimas. El volcán del Oeste, una vez comido el Sol, eructó una nubecilla tenue, movible, coloreada en pardos, zarcos y rojos, que al principio fué nada, después informe y sucesivamente monstruo de largas orejas, trasgo de espalda dentada y patas de reptil, dragón, pegaso y corza morada con cuernos de oro; figuras todas familiares en la circunstancia zoológica y habitual de Araña. Este miraba sonriente y nada necio acerca de las causas de aquellas sucesivas y esperadas transformaciones. Eran el desarrollo de su gran problema, porque habíamos olvidado decir que nuestro héroe antes que capitán fué investigador científico, y siempre, sobre todo, y como necesario modo existencial, filósofo. Algo participó él en la aventura del *élan* vital, donde hubo de embarcarse con su esfuerzo disidente. Nadie le hizo caso entonces, por lo que despreció después solicitaciones de pasaje en otros galeones que acababan de fletarse con destino a destino renovado e ignoto. No era él amigo, por otra parte, de la *Idea* nueva ni de las físicas recién estrenadas. ¿Qué le iban a decir a él, cuando había llegado a creerse navegante, como espía de Felipe II, en las naves de Isabel de Inglaterra,

y hasta había sido condenado a azotes por Drake, el famoso pirata luego caballero?

Araña aprendió a sospechar muy detenidamente de sus propias creencias. Además, amanecía la aurora de un nuevo capitán general de la bondad universal. El cosmos y el microcosmos se pusieron de acuerdo en hospedar y reconocer al bien caballero intolerable y solitario hasta entonces y al fin cautivo de su evidencia. Los acontecimientos políticos de la época influyeron con importancia económica en Araña. ¡Como que fueron determinantes de su decisión de capitanía! Y se hizo capitán de hombres. Cargo en el que le sorprendió la aventura que ya como caso registra una historia superficial, poco leída y nada científica.

Araña se detuvo de pronto absorto. Trocóse mirada su pensamiento. Su sangre agitó en las sienes como un redoble de llamada. Los músculos, primero, sostuvieron, titánicamente enérgicos, toda su atención, y después la dispararon como una flecha o un grito sobre el volcán taumatúrgico del Oeste. De su boca había salido, y se sostenía en el contraluz, una diáfana figura de mujer. Era la misma y la distinta que escuchó sus palabras y animó sus últimos minutos de capitán y arenga. La reconoció por los dos tonos en rojo de sus pechos. Aunque perma-

necía inmóvil, si no es el suave crecer y ondular de sus cabellos al soplo del mar, él, Araña, miraba sin ver la gracia de su paso. Hubo una pausa de gigante equilibrio y ella comenzó a hablar. Fué, como siempre, primero el rumor; después se hizo jardín sin sombras todo el reino vegetal, y comenzaron a crecer los árboles y a desaparecer los prados.

Araña se vió cautivo de raíz a la tierra, pero sin gran sorpresa, porque lo esperaba; sintió que sus brazos se hacían largos, extensos, infinitos, y sus manos comenzaron primeramente por atravesar el difícil, tranquilo y cálido espesor de aquella cabellera, y luego sintió un dolor profundo en las palmas como si lo crucificaran.

Después perdió el sentido.

Ni una estrella.

Las constelaciones habían cerrado todas las puertas. Cantaba el ruiseñor habitual. Araña volvió en sí; tenía fiebre. Comprendió que estaba enamorado.

2

CONFLICTO

Y después de mucho andar llegó a la ciudad; el pueblo oscuro, político y militar en que nació y donde se sentía poco conocido. Nada lo era en efec-

to. Un día, escarbando un sabio para fines propios en gruesos infolios, leyó allí el nombre del héroe, y como por entonces estaba su caso reciente y ejemplificado, el grave varón se dió a publicar que el Araña del infolio bien podía ser el legendario—porque la historia, y con ella lo incuestionable del hecho, vino más tarde—. Toda la ciudad se puso en pie de controversia, y hasta los magnánimos, luego de largo acuerdo, adoptaron el siguiente y unánime: este Araña no es ni puede ser (aquí se insertaba un delgado y lógico razonamiento) aquel Araña. Con tal acuerdo cayó sobre el nombre y el hombre, si no la muerte, la presunción, y ésta trajo el olvido y el desconocimiento.

Araña ignoraba estos hechos, y por lo mismo, aun sabiéndose difícilmente identificable, entró con la noche mediada y plenilunar en la ciudad. Dormía todo feudalmente. Los pasos del recién llegado, para participar de aquel reposo abundante, se hicieron lentos, regulares y silenciosos. Su sombra resbalaba por el suelo, acariciaba los edificios o se escondía detrás de él, como todas las sombras. En la plaza política sintió un grito; en la vieja plaza del templo escuchó el siseo estridente de una lechuza, que desprendió su aceitoso vuelo de una de las cornisas. ¡Cuántos recuerdos!

—¿Cómo que cuántos recuerdos? ¡Ni uno!

Araña se revolvió furioso sobre sí. Nada. ¡No recordaba nada!

—¿Es posible—se dijo—que haya muerto mi mitad de yo más necesaria?

Araña tenía cuarenta años y esperaba vivir ochenta, como le predijo una sibila en quien él tuvo siempre gran fe.

—Porque—concluyó con lógica de acero—si se me ha muerto la mitad que sustenta mi mitad viva, yo, razonablemente, no existo ahora.

Y espantado, pero dinámico, echó a correr hacia un rumor y luz lejanos: el mar y el faro de la costa. Araña se sabía el mar como una fábula, y empezó a recitarla; siempre nueva. Luego refrescó con arena y algas su estupor.

Comprendió cuán gran catástrofe era para su espíritu el haberse quedado sin recuerdos. Él, desde su mundo banderizo y externo de capitán, no había parado mientes en conservar ese hilo tenso que nos une con las fuentes de nuestra vida y nos sostiene luego suspendidos, ligeros y seguros sobre el tiempo.

Reflexionó: había a toda costa que hacerse de recuerdos; necesitaba detener aquella metafísica caída en el no existir. Descartes le guiñó un ojo desde el mar, en donde como una isla enjuta le miraba

compasivo. Araña entendió vagamente la fórmula que se escribía en la arena: ¡Pero si piensas! ¡Pero si existes! ¡Bah!; al diablo el viejo metódico, porque... Y Araña comenzó a gritar:

—¡Quiero vivir! ¿Me oyes? ¡Necesito vivir! ¡Tú has muerto. Remuerto! ¡Anda, muévete de ahí si puedes!

Aquellos como broncos disparos de pedreñal alteraron las aguas, y una ola enorme se llevó la enjuta isla en su comba.

Araña, ya decidido a proporcionarse los recuerdos que necesitaba, adoptó para ello el método más conocido y fácil: Se coloca el sujeto tendido boca arriba, y apoyadas las manos, una sobre la cabeza y otra sobre el pecho, se hace la mayor presión posible para que el cuerpo se hunda poco a poco en la arena. El corazón y la cabeza así estrujados sueltan su jugo como dos frutos cualesquiera. Este jugo es el recuerdo.

Puntualmente lo ejecutó todo Araña. Crujió la arena como cuando se camina sobre la nieve; aguardó. La ciencia asegura que no tardan en cosecharse los recuerdos en su mejor sazón. Mas con cuánta discreta cautela ponía Araña la ciencia en entredicho.

Sintió, lejos de lo esperado, a lo largo de la mi-

tad izquierda de su cuerpo, tibieza, calor y ardor, y arder, que le habría hecho morir o abandonar su empresa vital si una voz de rubio y maduro maná no le retuviese.

–Te conozco, capitán.

Araña, sin desertar de su postura, hizo girar los ojos hasta desorbitarlos. El mar se pobló de velas blancas y el cielo de gaviotas. Así sucede siempre.

–Te conozco, capitán.

Ante los ojos de Araña se multiplicaron los sempiternos caminos de perfume y jaspe rojo.

–Te conozco, capitán.

Como una luz que recibe aceite nuevo, la voz de Araña parpadeó ronca y vivaz; voz de campaña.

–¡No! ¡No me conoces! ¡No dices mi nombre!

–Mi capitán de pluma y espada.

Gimió la arena. Gimió Araña, gimieron los aires y los monstruos del mar que habían asomado sus cabezas verdes. Se retorció gimiendo el paralelogramo de la angustia. Se pusieron sobre las puntas de los pies las cuatro estaciones. Empezaron a oírse cañonazos de espuma. Enormes montañas de niebla y lava resbalaban unas sobre otras, y allí del rayo y de los ríos, de la forma nueva, menos ágil cuanto más segura. El tiempo, por fin, comenzó a sacudir grandes latigazos sobre la aurora.

Araña sintió frío.

—Mi capitán.

Por su otra oreja le llegó la voz nueva y metálica.

—¡Te busco, capitán Araña!

El héroe amó y temió aquella voz. La sabía tranquila y de mando. Le cantaron.

—Mi siempre y plural rocío.

¡Ha un siglo que me llamaste, capitán, con tan gran fuerza que acudo a ti con lo mejor tuyo!

Y la voz mostró en su mano a Araña una forma blanca.

Saltó el héroe como una chispa hasta quedar en pie; tomó la forma blanca que se le ofrecía. Al momento su voz, la suya, con tono y ansia nuevos, gritó hasta que le escucharon los horizontes.

¡Blanco!
Como la Luna, como la nieve.
¡Así era mi corazón de niño!
¡Mi corazón de juguete!

Había encontrado su recuerdo y anudado su destino. Por el Norte corría un sollozante viento de cabelleras.

Araña estrellaba sus pies sobre la arena de puro

pisar firme. Cantaba su destino en sus huesos, en el crujir de su ropa y en el tahalí de su espada, limpia ya de todos los mohos de incertidumbre.

Empezaba a amanecer. Nuestro héroe, no obstante caminar, pensaba como siempre, y por su cabeza desfilaron con el discurso cuerpos de ejército enteros. Adivinó no lejos gente y arena confundida. Eran pescadores que se preparaban a la faena. Trecho antes de llegar vió cómo toda aquella quieta y ocupada gente movióse de pronto llena de no sabía él qué súbita agitación. Le llegaron voces todavía confusas. Avanzó más rápido; pero no era preciso, porque ya los grupos hechos uno corrían hacia él agitando redes, palangres y remos.

No miedo; curiosidad nerviosa.

¿Por quién lo tomaban?

Le llegó claramente con la voz de la multitud su nombre.

–...¡Araña! ...¡Araña!

Otras se pronunciaban antes, que él no entendía. Pronto sintió volar su cabeza hasta el cielo.

–¡El capitán Araña! ¡Viva el capitán Araña!

Espanto, muerte y gusto de morir. Araña agitó primero la mano, después su sombrero, al que le había nacido una pluma de ave del Paraíso.

Llegaron al fin los pescadores y pescadoras ves-

tidos de pardo y gris; rodearon al héroe. Besaban sus manos y ropas y el remate de la funda de su espada.

—¡Viva el capitán Araña! ¡Nuestro capitán!

Y le auparon como una ofrenda.

Crecía la multitud y el victorioso griterío. A los pescadores se unieron los campesinos y unos y otros los infinitos hombres de pequeño quehacer. La ya inmensa mancha humana y gesticulante empezó a moverse hacia la ciudad, en la que después del grave rumor primero retumbó como un trueno definitivo y distinto el nombre de Araña. Del capitán Araña.

Y al trueno que venía del mar contestó el trueno de la ciudad estremecida hasta el extremo de sus torres y cúpulas. Cada una de las mil puertas dió paso a diversas gentes. Salían las cohortes relucientes, los opacos estamentos y la plebe como una humareda densa, dominadora, pegada al suelo. Todo fué desde entonces muerte del sonido, cautividad del color y aguda necesidad de espacio.

Se abrió la puerta magna que podía tragarse de un golpe cinco ejércitos a caballo, por la que salieron los cinco capitostes de la ciudad. En su derredor se había refugiado el silencio. Avanzaron por fin, inclinadas al suelo sus blancas cabezas. Las dal-

máticas de mando por primera vez apenas levantaban el polvo.

Se unieron las dos multitudes igual que dos mundos en una sola órbita.

Los cinco ancianos volvieron a penetrar en la ciudad. La puerta magna dibujó el esfuerzo máximo de su arco.

Venía Araña vivo y mudo. Así recibió el óleo y el tirso; permaneció vivo, mudo y omnipotente. Escuchó el eco poderoso y nuevo que devolvían los abismos adonde se precipitan las estrellas. No pudo más; cerró los ojos; cayó la última defensa de su soberbia y abandonóse como una brizna al viento. Pleamar. Sensación de caminar con pie seguro hasta el rumor de fuerzas que mueven el Sol. Desde allí vió arrastrarse con sus amarillos vestidos a la delicia universal. Y a las sombras.

Con ellas fué conducido al palacio de bronce de la ciudad. Dos esclavas negras, de piernas ligeras y muslos trémulos, hicieron la cama, desnudaron y acostaron al héroe. Después aquietaron el aire de la estancia con los grandes abanicos de plumas de la majestad y del reposo.

Y Araña se durmió.

3
DESTINO

Amanecer sobre la ciudad. Araña, desde la torre de su más alto pensamiento, fué señalando las órbitas del nuevo quehacer. Brillaba en su mano el tirso ancestral, y en su frente el laurel de todos los imperios. Presidían y seguían sus ojos aquella ordenada ejecución de sus designios. Porque la ciudad entera movíase como un soplo hacia el crepúsculo, que era en el pensamiento de Araña el gran amanecer.

Iban y venían largas líneas de hombres por caminos y descampados. Trabajaban todos: esclavos, libertos y señores. Cayeron los más robustos árboles del bosque, y a lo largo de la playa, desnuda de redes, empezaron a elevarse finos perfiles de navíos y nuevo y complicado bosque de arboladuras. En la parte baja de la ciudad, humo lento y espeso, chirriar de brutos aceros sedentarios que se resistían a adoptar su nueva y justificada catadura de espadas y corazas. Y el clarín incesante multiplicaba sus gritos de gloria, estremeciendo el aire de nuevos afanes. Largas telas de blanco lino se llevaban la ciudad hasta la playa, donde comenzó el ondear aún no logrado de las velas.

Ante aquella plenitud, los asustados recuerdos

de Araña se agruparon débiles en su corazón. Araña contempló altivo el sitio donde se erguía otrora el volcán del Oeste; fustigó con su cetro el retiro profundo y conseguido del valle y dió un mentís a su llanto amigo y universal.

—¿Flaquezas todavía?—se dijo.

Y arrojó una negación como un trueno.

Él era ya idea, símbolo y rayo más imperioso, rápido y violento que la historia y la luz. Bien conocía que la decadencia y la molicie perseguían su talón. Pero, ¡jamás! Si lo que los hombres llaman corazón cuando buscan refugio o espaldas a la lucha, y que él también se lo había llamado, buscaba las vueltas a su peligrosa blandura, él, Araña, con sus mismas manos lo forjaría y tornaría de bronce, como estaba haciendo ahora con el corazón de la ciudad.

El último recuerdo y ¡cuán sarcástico! Su voz primera, su definitiva soledad de cuanto no era aquel mundo de cosas leves e inútiles como la sombra, fundidas al poderoso contacto de su mano. Lejos de él toda vacilación; dejó crecer su odio hacia ellas y las maldijo, porque ellas fueron su ejemplo, no él.

A esto llegaba y a mucho más le hubiese sido posible, cuando un fresco vientecillo vagamente ló-

gico empezó a contarle de aquellas cosas que producían su irritación, algo a primera vista mucho más irritante: todo lo que ahora aparta con su cetro era motivo del cetro mismo y ¡horror!, causa eficiente de la mano y del cetro. Y el impertinente y fresco céfiro se alejó cantando la cancioncilla *El caso del capitán Araña.* Y todavía pudo escuchar:

Nuevos barcos en la playa,
Nuevas velas en el mar,
¿Para quién serán?

El vientecillo fuése, meciendo los pocos pacíficos sembrados que respetó el trajinar en masa de la ciudad. Araña sintió tal temblor de ira, que apenas le bastó el cetro a sostener su estremecimiento.

El Sol de mediodía puso en fuga las sombras. Todo se aquietó a una señal de Araña y luego volvió a ser ruido nuevo. Las mujeres de la ciudad iban a los hombres cargadas de frutos.

Araña las vió alejarse. Permanecía mudo y torvo, aunque cada vez se concretaba más transparente y fuerte su conquista de un mundo plano e infinito. Rugió de gozo y de desprecio porque en él no cabía ya la humana tristeza, sino la angustia creadora, su

única rémora, pero que ahogaría en la totalidad del mañana pleno e inacabable...

¿Y aquella ternura infinitamente dulce que ahora parecía querer depararle la hora inerte?

—Añagaza inocente de cuantas cosas agudas y rebeldes le hicieron caer. ¡Nunca más!

¿Y aquel sus ojos llenos de arena y su boca de sal?

—Ultimo grito de cuando sus ojos eran ciegos y su boca abrasada por la sed. ¡Nunca más!

¿Y este sollozo hondo y oscuro?

Se crisparon los miembros tensos y de la boca de Araña salió una batalla de gritos.

—¡No! ¡Yo no he sido! ¡Este sollozo es la muerte! ¡No se puede sollozar así! ¡No quiero morir! ¿Lo oís, hombres de mi mando? ¡Dejad la faena, buscadlo, traed ese sollozo que me quiere matar, que me matará! ¿Lo oís? ¡Esta ciudad será maldita si no encadenáis ese sollozo, que por ser yo quien soy es vuestro enemigo! ¡Lo escucho, quiere que lo escuche siempre! ¡Me divide en dos como una espada ejecutoria corta la cabeza del reo! ¡Quiere arrancarme de vosotros! ¡Me apartó de todas las fértiles y soñadas orillas cuando estaban a punto las mareas! ¡Adopta todas las formas de la caricia! ¡Se dice la paz y quema las almas igual que el fuego la leña seca! ¡Afirma también ser capitán de mundos, porque es

mendaz y múltiple! ¡Conocedlo bien, y en lugar de quitarle la débil máscara segad de un tajo su fuerte cabeza! ¡Es la angustia que hizo llorar de fracaso todos los olimpos! ¡Dice ser bueno y dulce y es una pared frente a un ciego! ¡¡No quiero morir!! ¿Me escucháis? ¡Buscadlo bien! ¡Registrad detrás de cada grano de arena! ¡Pasad de la diligencia a la crueldad! ¡Ensayad en él cada una de vuestras nuevas armas de guerra! ¡También él me hizo un día querer mi muerte! ¡Es vuestro enemigo! ¡Matadle! ¡Matadle!...

Y cayó jadeante.

Había acudido toda la servidumbre de Palacio. No dudaron de aquella cabeza, porque era la cabeza de su señor, como hubiesen dudado de las suyas. Y como de no ser locura era maravilla lo visto, recogieron el caído cuerpo de Araña y lo llevaron a su lecho.

Las esclavas negras, de pechos brillantes y encendidos como ascuas, dejaron paso a los médicos, lentos y amarillos, de la corte. Rozaron éstos sus dedos por la frente y las manos de Araña, y la fórmula surgió bienhechora.

Ars sanandi cum spectatione.

Y salieron de la estancia.

La fórmula revoloteó primero indecisa y después

rodeó la paciente cabeza. El silencio de la estancia ya no se estremeció más que por el monótono viaje de los grandes abanicos de plumas y el transcurso del tiempo...

Araña volvió en sí. Extrañó la penumbra de la estancia y el denso silencio en torno de él. Dió grandes voces llamando a sus servidores. Recorrió el palacio, comprobó su soledad; sólo las esclavas negras le seguían como sombras. Ganó presuroso la torre de su mando. En el suelo, roto y abandonado el cetro. Bajo su mirada, la ciudad solitaria, esclava del silencio. Muertos los caminos. Ni un pájaro.

Pero sobre aquel anochecer sin luna, el pleno día del mar poblado de empavesadas naves con las velas al viento. Las más de ellas bogaban ya escoradas a fuerza de rapidez. Otras, ya prestas, tensaban las últimas cuerdas de la maniobra, y sólo tres, aunque impacientes, cargaban aprisa gentes, armas y vituallas

Araña, estupefacto, medio loco luego, pidió la espera y la presencia de su nave capitana. Le contestaron abreviando la faena y haciendo volar de los navíos pañuelos, banderas y gallardetes en señal de despedida.

Desde el entrepuente del barco que aún esperaba habló soberbia voz:

—¡Araña! ¡Nos llevamos tu idea de capitana para que tú permanezcas capitán de la ciudad y de tu soledad! Y ordenó en el mismo tono que levasen las anclas.

—¡Piratas de mi mundo, deteneos! ¡Os lo mando!

Quiso precipitarse de la torre. Desistió. Con torpeza y celeridad bajó sus rampas. Corría sin un solo pensamiento; primero fué jirones su traje, luego su piel en aquel descampado y recto andar hacia la playa. Se quedó vacío de otra sensación que no fuese la de la distancia, que crecía como la sed en el desierto.

Le saludaron en su vértigo viejas ideas: de qué miserable materia estaban hechos los hombres para que odiasen la suya; la vida de la luz empezaba en lo que los hombres dieron en llamar su soledad.

No atendió a nada. Despreciando el aire, respiraba sólo aquel rumor marino, todavía preñado de gritos. Correr más. Centuplicar sus pasos. Y entrar, por fin, en la playa, abandonada ya.

Reptó, más que subir, al acantilado. La noche había hecho invisible la obra muerta de las naves. Sólo brillaban, lejanas, como lunas, sus velas movibles e innumerables.

4

MUERTE

Murió Araña al querer realizar su último y lógico intento de caminar a pie firme sobre las olas en busca de las naves que huían. Muerte lógica también, pero inútil, porque las naves ya iban con Araña dentro. Araña les era tan necesario como el viento y el mar. La única defensa de las naves y de los hombres era que unas y otros fuesen Araña, el Araña que puede partir cierto y alegre, lejos del Araña dubitativo y triste, aherrojado al suelo, del que siempre se queda, como el arma después del disparo, cuado la flecha silba allá a lo lejos su canción de azul y distancia. Desde entonces la soledad de Araña es el comienzo, porque la duda es fuerte y flaco el ánimo. En este instante es cuando las canciones de los hombres, contando el caso del capitán Araña, mordían en su corazón, por venir de los únicos hombres que no se habían embarcado, pero que tampoco eran Araña.

Nuestro capitán no es ni el que se queda ni el que se marcha, sino el plural: el que no puede ir, porque se queda en tierra, y el que no puede quedarse, porque se embarcó. Nosotros llamamos al corazón de las gentes que lo han desconocido y vili-

pendiado, para que vuelvan y hagan suya la vida del héroe, que es nuestra vida. No pedimos capacidad de razón, sino de emoción, para correr desalados a esas playas solitarias que no bastan a la soledad del héroe, y saber de su dolor, que es el dolor de volver a empezar para fin idéntico. Doble angustia de reposo y vuelo, tirón de tierra y aire; hora grave en que todo se hace hosco e insufrible a su alrededor, terrible hora, crepuscular y mate, en que hasta la misma conciencia del héroe estaría, a ser posible, dispuesta a hundirse con lentitud y delicia en su fracaso.

Hay que ir allí, al lado de la roca, frente al mar. Hay más: hay que imaginar que Araña no ha muerto y que por ventura no morirá. Y seguir tras él en una y otra playa, en una y otra roca. Y ser una y otra vez de los que se quedan, para aspirar a ser alguna vez de los que se embarquen, porque nuestros ojos y nuestra voz son para eso, para embarcarlos en la luz y en el viento, y si no, es que ni se ve nada ni se llama a nadie. Y nuestro pensamiento es para que sea como el ejemplar pensamiento de Araña, y tenga constantemente que estar yendo y viniendo, y sea a la vez vela y roca, para hundirse tan de puro despedazarse a sí mismo en nuestro cuerpo, que la vida entera parezca no ser nada frente a nuestro dolor.



Dibujos de Benjamín Palencia.

Ediciones del árbol



«Y será como el árbol plantado junto a arroyos de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará.»

Psal. I, 3.



UNA CRÍTICA DE «EL ACABOSE»

ACABA Y EMPIEZA

La nueva revista mensual española *Cruz y Raya*, de la que nos ocupamos en este lugar en enero de 1934, ha editado a principios de año un librito que, por su género, habría que considerar como un *Almanaque para el año 1934,* pero que ya con su *para todos* y su singular encabezamiento, intriga extrañamente. Este encabezamiento o título es intraducible, porque se compone de un sustantivo que es una de esas formaciones solemnes, posibles en español, aunque su uso lícito se reserva para los momentos excepcionales; una palabra, en fin, que uno no se imagina empleada, allí en España, fuera del púlpito. Entre nuestros cánticos religiosos evangélicos se conserva uno del siglo xvii, de Joh. Rist, cuyo primer versículo reza: *¡Oh eternidad! ¡Palabra de trueno!;* el título de este libro que comentamos suena como a palabra de trueno y, al pie de la letra, habría que traducirlo así: *Das Es-ist-aus des Jahres und das Neue von 1934.*

Nada de particular tiene que la parte principal del libro esté contenida entre una parte introductoria y otra epilogal, ni que, a tenor de su objeto, comience por darnos cabal noticia de los planetas, de los signos del zodíaco, de las fiestas religiosas, y que el cuerpo central esté dividido en doce secciones, una para cada mes; tampoco supone nada de extraordi-

nario que cada una de esas doce secciones empiece con una caracterización astronómica, astrológica y agrícola de cada mes, y que en febrero se dedique atención especial al carnaval, al día de las ánimas en noviembre, etc., ni que estén repartidas por el libro impagables recetas de cocina del año 1611, propias de cada estación; tampoco la presencia de encantadoras rimas populares antiguas, poesías famosas de muertos —como Lope de Vega— y de vivos —como Unamuno—, trozos clásicos —Hesiodo, Xenofonte, Plinio— y modernos —Catalina de Emmerich, Paul Claudel—. Lo extraordinario reside en la selección, el orden y conexión de sus partes. Todas las voces se conciertan litúrgicamente al servicio de una única idea, que alienta en todas ellas; todas esas voces son otros tantos testimonios del tiempo, pero del tiempo con el trasfondo de la eternidad; del tiempo que nunca parece más pasajero que mirado a través de ese fondo: voces que nos testimonian el tiempo a través de la eternidad. El tiempo se hace patente diversamente: vemos la unidad temporal del año en todas las fases y variaciones de la luna; vemos correr el año entre los años; captamos la igualdad, la identidad del año natural y el espiritual, el año religioso; igualdad que, en términos algebraicos, es expresión de esa otra gran ecuación entre el mundo y la naturaleza como creación, mundo y naturaleza como creación decaída, y como objeto de la historia sagrada, de la salvación; *mundo y naturaleza, tiempo, siglo, son escenarios de la acción divina, de la acción del espíritu.* La introducción, que se debe sin duda a la pluma de su editor, José Bergamín, expresa, con rigor y claridad, la voluntad que al libro anima, porque de todos esos trozos pintorescos, encantadores muchas veces, la mayoría expresa esa misma voluntad con veladuras transparentes a veces, oscuras otras, y el resto está también a su servicio, pues que distrae al lector para que, repuesto, torne con frescas fuerzas a la gravedad del asunto. He aquí algunas frases de la introducción:

Es que nunca empezaríamos nada si no partiéramos de

algún acabóse *por principio.* Acabóse *no cabe mayor que el de la muerte, y con ella empieza para el cristiano la nueva vida verdadera.*

Empezamos un año por el acabóse *del otro, por este principio de todos nuestros* acabóses *juntos: lo que es como un* cortar por lo sano *el tiempo y hacernos* cruz y raya *de nuestra vida. ¿Que así andaremos siempre perogrulleando? Pues así haremos santamente nuestro vivir hasta su* acabóse *postrero, el* san-se-acabó *definitivo, llegando por las postrimerías de la vida mortal a las novísimas de otra vida imperecedera.*

¡Cómo nos hace pensar esta frase en que el español emplea a menudo, para designar la muerte, la palabra *tránsito!*

La vida española se ha desenvuelto siempre ante el telón de fondo de la muerte. Los españoles constituyen el único pueblo en la tierra que juega con la muerte; el sentido de las corridas de toros no reside, como suele imaginarse, en que la muchedumbre contemple a unos toreros pagados, sino que entre los limpiabotas o entre los aristócratas, siempre se dan algunos, y no tan pocos como se cree, que se las entienden con los cuernos asesinos. Lo que le importa al español no es solazarse con el peligro de los otros, sino jugar con la muerte. La cubierta posterior se halla adornada con una calavera; calavera y esqueleto encontramos todavía en el libro. Lo primero que se tropieza uno al abrirlo es un trozo de papel, que sirve de indicador de página, en el que aparece una calavera con la sentencia de Séneca: *Lo que hay detrás de la muerte es la vida.*

Séneca, el cordobés, se nos figura a los extranjeros como una manifestación prehispánica, como ocurre también con los emperadores Trajano y Adriano, nacidos en España. El español los considera como compatriotas suyos. Porque para el español la nación es algo espiritual y solariego, que existía ya antes que godos y moros mezclaran su sangre con los antiguos pobladores. Séneca es sujeto predilecto del libro. Su epílogo, dedicado por entero a la muerte, totalmente escatoló-

gico, finaliza con una página en la que se lee, al pie de un esqueleto, la sentencia del filósofo cordobés: *Lo uno y lo otro es cobardía: querer y no querer morir...*

¡La actitud entera, libre, clara, señora, del fuerte ante la muerte! ¡Tan lejos del miedo a la muerte como del miedo a la vida, que es la flaqueza primera de nuestro tiempo, que se refugia en el nirvana porque no le es posible hacerse dueño de la vida, y teme, teme tanto...!

¡Miedo, pánico! Pero este libro no es un libro pánico, en modo alguno. Es un libro sano, como todo lo que mira cara a cara a la *realidad* —que comprende la vida y la muerte, el más aquí y el más allá—, con la *inexorable sobriedad del cristiano.*

Otto Fhr. v. Taube.
EUROPÄISCHE REVUE, abril 1934.



Introducción a la literatura española del siglo de oro

POR

KARL VOSSLER

(lecciones leídas en la Universidad de Verano, Santander, 1934.)

Introducción y programa de la literatura española

POR

MARCELINO MENENDEZ PELAYO

La publica MIGUEL ARTIGAS

Poesías

de

Gil Vicente



Cruz y Raya

Ediciones del árbol.

1934

JOSÉ BERGAMÍN

LA CABEZA
A PÁJAROS



Cruz y Raya

Ediciones del árbol

1934

REVISTA DE OCCIDENTE

PUBLICACIÓN MENSUAL

Director: **José Ortega y Gasset**

Secretario de Redacción: **Fernando Vela**

Av. Pi y Margall, 7 (segundo trozo Gran Vía) Apartado 12206
MADRID

SUMARIO DEL NÚM. CXXIX

(marzo de 1934)

133-pg-

CRUZ Y RAYA

S. AGUIRRE, IMPRESOR. — TELÉFONO 30366. — MADRID